

# *Penélope*

Domingo Miras Molina

Partiendo con toda fidelidad de los acontecimientos narrados en los últimos cantos de la epopeya homérica, Domingo Miras imprime a esta obra la novedad de la construcción de su heroína que, como en las otras dos piezas, responde a una actitud feminista, mediante la que intenta contener el ímpetu agresivo de los hombres y someterlos a su voluntad. Penélope está contenta con sus pretendientes porque, en tanto que ella no elija, ellos la dejarán libre, la respetarán y la tratarán como igual. Sabe que si convierte a uno de ellos en su esposo, este la tratará como a una esclava. Su concepto de los aqueos como dominadores la relaciona con las otras heroínas míticas tratadas por el autor. El matrimonio de Penélope con Ulises se llevó a cabo «por lo mismo que Fedra, Helena, Clitemnestra y tantas otras. No teníamos opción, “éramos botín”». El problema individual adquiere así carácter general, dando lugar a la «mediación» reflexiva que conecta a la lejana leyenda griega con la actual situación femenina.

Cuando en alguna ocasión ha sido interrogado el autor sobre el feminismo de su teatro, ha respondido que «para hablar de libertad, había que referirse a quienes más carecían de ella, las mujeres»; así mismo, siempre ha mostrado su predilección por las antiguas sociedades matriarcales, porque «aunque el desarrollo era menor, el equilibrio era más grande».

Pero Ulises regresa y esta Penélope no queda sorprendida por su crueldad. Ella conocía la barbarie del aqueo que la sometió en su juventud y su tragedia está precisamente en el regreso, y a que con él se hará realidad para ella el terrible destino de las mujeres que la misma reina había explicado a sus esclavas, a partir de la metamorfosis de Dafne.

Desde el punto de vista dramático, propone el autor una original utilización del espacio escénico que permite observar simultáneamente las distintas acciones que suceden en el palacio; la luz, como en *Egisto*, adquiere valor de símbolo, y son acertados efectos de teatralidad la presencia de la barca de Caronte y la metamorfosis final de la mujer cosificada por la actitud brutal del varón. En *Penélope* se encuentran ya los fuertes rasgos que caracterizarán a los mejores personajes femeninos de Miras, lo que, sin embargo, no la libraré de sucumbir víctima de un sistema superior. V S.

Al autor de  
*La tejedora de sueños*

## DRAMATIS PERSONAE

(Por orden de intervención)

TELÉMACO, *hijo de Ulises y Penélope.*

EURÍMACO, *pretendiente de Penélope.*

ANFIMEDONTE, *idem.*

PISANDRO, *idem.*

ANTÍNOO, *idem.*

CETESIPO, *idem.*

ANFÍNOMO, *idem.*

PENÉLOPE, *esposa de Ulises, reina de Ítaca.*

AGELAO, *pretendiente de Penélope.*

EURÍADES, *idem.*

LIODE, *idem.*

ELATO, *idem.*

EURICLEA, *nodriza de Ulises y confidente de Penélope.*

MELANTO, *esclava.*

ESCLAVA PRIMERA

ESCLAVA SEGUNDA

ESCLAVA TERCERA

ESCLAVA CUARTA

MELANTIO, *cabrero, hermano de Melanto.*

EUMEO, *porquerizo.*

ULISES, *rey de Ítaca.*

IRO, *mendigo.*

VOZ DE LEÓCRITO, *pretendiente de Penélope.*

FILETIO, *boyero.*

CARONTE, *personaje mudo*.

*Otros pretendientes, esclavas y esclavos.*

**La acción, en el palacio de Ulises, en Ítaca, en la Grecia micénica.**

## Acto I

### Cuadro I

La escena representa el megarón del palacio de Ulises, en Ítaca. Se trata de la habitación más grande e importante del edificio. Lo más característico que hay en ella es un gran cilindro de piedra, en medio, de un metro de altura por casi dos de diámetro; se utiliza para poner uno o dos braseros sobre él, aunque ahora está vacío. Lo rodean cuatro columnas redondas y macizas, que sostendrían el techo, dejando en medio una, abertura que sirve de lucernario y de salida de humos. Esta gran sala tiene una puerta solamente, situada en el lateral izquierdo; por ella se sale al vestíbulo, que a su vez comunica con el patio, y también con las restantes habitaciones de la casa, que rodean el megarón. Ni el vestíbulo, ni el patio, ni los demás aposentos, son visibles. Las paredes son bastante altas, y en la del fondo hay, a la altura de un primer piso, dos ventanas cuadradas; cada una tiene una división recia y vertical en su centro, que la convierte en dos rectángulos unidos por el alféizar común. Dichas ventanas corresponden a una galería o pasillo alto que recibe luz del megarón -aunque este no tiene demasiada-, por lo que están oscuras. La decoración, a base de pinturas al fresco, es recargada, con cenefas de motivos geométricos que rodean puerta, ventanas y brasero y recorren el pie de los muros, cuyos paños se adornan con figuras humanas que imitan escrupulosamente el estilo minoico. Estas figuras se hallan ocultas en parte por panoplias cargadas de armas que cuelgan en todas las paredes: escudos redondos, o corazas, sobre grandes abanicos de lanzas y espadas. Esta ostentación guerrera ofrece un lastimoso contraste con la delicadeza y la gracia de los frescos, en lo que es posible verlos. En medio de la pared del fondo hay un gran sillón, con brazos y un escabel para los pies incorporado; otros sillones parecidos, aunque más pequeños, ocupan toda la habitación, sin orden

aparente, y dejando espacio entre ellos; muchos tienen pieles de bueyes o carneros. Hay también varias mesitas de madera, de altas y esbeltas patas curvadas, cerca de los sillones y en menor número. En las columnas y en las paredes, hay antorchas apagadas. La escena está vacía, pero hacia la izquierda se oyen las voces de los pretendientes, que juegan en el patio; no se distingue lo que dicen, pero a poco se destaca una de ellas, airada, que se aproxima seguida de otra conciliadora, mientras decrece la algazara general.

**VOZ DE TELÉMACO.-** ¡Suéltame, no me toques!

**VOZ DE EURÍMACO.-** ¡Pero no te vayas, espera!

**VOZ DE TELÉMACO.-** (Muy próxima y llena de cólera.) ¡Te he dicho que me sueltes!

**VOZ DE EURÍMACO.-** Como tú quieras.

(Entra en seguida TELÉMACO, andando con excitación. Es un joven de unos veinte años, con barba incipiente, esbelto y una larga cabellera rizada. Viste una túnica corta y sandalias.)

**TELÉMACO.-** (Al tiempo que entra.) ¡Ya me estáis cansando, no sé cómo he de decirlo! ¡Esta es mi casa, y aquí mando yo! (Se dirige al gran sillón del fondo y se sienta en él ostentosamente. Tras él ha entrado EURÍMACO, de unos treinta años. Su indumentaria, parecida a la de TELÉMACO, es muy lujosa. Se acerca a TELÉMACO, sonriendo entre irónico y dulce.) ¿Por qué me miras así? ¿Es que no es esta la casa de mi padre? (Irritado.) ¡Contesta!

**EURÍMACO.-** (Sin dejar de sonreír.) Eso es evidente....

**TELÉMACO.-** Entonces, ¿de qué te estás riendo?

**EURÍMACO.-** (Sonriendo siempre.) No me río.

**TELÉMACO.- (Furioso.)** ¡Sí te ríes! ¡Te estás riendo de mí!... ¡Anda, ríe ahora, ríe, que un día llorarás!...

**EURÍMACO.-** ¿Eso piensas?

**TELÉMACO.-** ¿Y tú?, ¿qué piensas tú, que te da tanta risa?

**EURÍMACO.- (Irónico.)** Pienso en que si tu madre **(Señalando con negligencia una ventana.)** se asomara a su silla... **(TELÉMACO, instintivamente, hace ademán de levantarse, pero se sienta otra vez.)** ¡Vaya!... Ya te asoman los espolones, ¿eh?

**TELÉMACO.- (Concentrado.)** Esta silla es mía, no de mi madre. Y lo mismo, la casa y cuanto hay en ella. **(Creciéndose.)** ¡A ver si os vais enterando!

**EURÍMACO.- (Sin sonreír.)** Bien, bien, amigo mío. No te enfades....

**TELÉMACO.-** ¡Yo no soy tu amigo!

**EURÍMACO.-** Pues lo siento, porque me gustaría que lo fueses. Un amigo vale más que muchas parejas de bueyes, créeme. Es más precioso que el oro y que la plata.

**TELÉMACO.-** ¿Cuántas caras tienes, Eurímaco? ¿Cómo te atreves a pedir mi amistad, si ahora mismo me has perjudicado en beneficio de Antínoo? ¡Viste muy bien que pisó la raya!

**EURÍMACO.- (Con divertida sorpresa.)** ¡Por Apolo! ¿Esa ha sido la causa de tu enfado?

**TELÉMACO.- (Avergonzado, con vehemencia.)** ¡No, no ha sido por eso! ¡Mira, no hablemos más, y vete con los otros!

**EURÍMACO.- (Paternal, sin hacerle caso.)** No tienes razón para irritarte, Telémaco. Si lo piensas, tienes que comprender que Antínoo no necesita pisar la raya para arrojar su lanza más lejos que nosotros, puesto que es el más fuerte. Eso lo sabemos todos, y nadie se enfada. Y tú deberías estar alegre, tu fuerza crece cada día. Hoy has llegado más lejos que Anfimedonte, y eres de los mejores. Pero tú quieres ser el mejor de la noche a la mañana. Derrotar a Antínoo, porque esa es tu voluntad. Deja pasar el tiempo, ten paciencia.

**(En tanto que EURÍMACO hablaba, PENÉLOPE se ha asomado discretamente a una de las ventanas, donde apenas es visible y escucha.)**

**TELÉMACO.- (Incorporándose con energía.)** ¡Ya he tenido demasiada paciencia! Ya son cerca de cuatro años de aguantaros aquí, a todos los pretendientes de mi madre, disponiendo de todo como si fuese vuestro. ¡Acabaréis por comeros hasta las paredes!

**EURÍMACO.-** Eso díselo a tu madre, no a mí. Que ella me despida, y me marcharé.

**TELÉMACO.-** ¡Te despido yo!

**EURÍMACO.- (Irónico.)** No es contigo con quien quiero casarme, deseo una esposa más dulce. Si tu madre me dice que no me quiere, me iré. Pero hasta ahora, no me lo ha dicho.

**(Entran ANFIMEDONTE y PISANDRO, de unos cuarenta y treinta años, respectivamente. Comienza a encanecer el cabello del primero; ambos lo tienen largo y visten túnicas ligeras.)**

**ANFIMEDONTE.- (Al entrar.)** ¿Qué es lo que hacéis?

**PISANDRO.- (Bromista, a EURÍMACO.)** ¡Eres más astuto que un zorro! ¡Te estás ganando al muchacho, para que influya en su madre a tu favor!

**EURÍMACO.- (Mientras TELÉMACO, hosco, se sienta de nuevo.)** Pisandro, te equivocas como siempre. Solo pretendo que el divino Telémaco desarrugue las cejas. Pero no lo hace, tal vez la ira le causa placer.

**ANFIMEDONTE** - (Mientras PISANDRO ríe.) ¿Qué te pasa, Telémaco? Vamos, dímelo, aunque solo sea en atención a mis canas. Tengo casi la edad de tu padre Ulises, recuérdalo. En mi casa se hospedaron los Atridas cuando vinieron a buscarle para llevarle a Troya, mil veces te lo he dicho.

**TELÉMACO**.- Te debiste ir con ellos, Anfimedonte. Y ojalá te hubieses encontrado con Héctor al pie de muros.

(Risas de EURÍMACO y PISANDRO.)

**ANFIMEDONTE**.- (Extrañado.) Pero, ¿por qué me dices eso? ¿Qué te he hecho yo?

**TELÉMACO**.- (Levantándose.) ¿Tú? ¡Lo que todos! ¿Te parece poco? ¡Lo que todos!

(Entra ANTÍNOO, tras él ANFÍNOMO y CETESIPO; los tres tienen unos veinticinco años. Se detienen a poca distancia de la puerta.)

**ANTÍNOO**.- ¡A ver, qué pasa aquí! ¡No me gusta la gente que se esconde para hablar! ¡Si tenéis algo que decir, podéis hacerlo en el patio, delante de todos!

**TELÉMACO**.- (Furioso a ANTÍNOO.) ¡Yo estoy en mi casa y hablo donde quiero, insolente! ¡Tú eres quien no puede hablar aquí como lo has hecho! ¡Vete a la tuya y allí podrás decir lo que se te antoje, pero aquí, ten cuidado con la lengua!

**CETESIPO**.- (A TELÉMACO.) ¡Si yo fuese Antínoo, no me hablarías así sin encontrarte con un buen palo en las espaldas!

**TELÉMACO**.- (Yendo hacia CETESIPO.) ¡Miserable, cara de perro! ¡Tú sí que te vas a encontrar con un buen palmo de bronce en el hígado!

**(Los demás se interponen entre ellos, mientras EURÍMACO sujeta discretamente a TELÉMACO.)**

**EURÍMACO.-** ¡Calma, calma!

**ANTÍNOO.-** ¡Nada de peleas!

**ANFÍNOMO.-** (A CETESIPO.) ¡Eres un mal bicho!  
¡Siempre eres tú el primero que ofende!

**CETESIPO.-** (A ANFÍNOMO.) ¡Tú te callas!

**ANTÍNOO.-** (A CETESIPO, **amistoso y superior.**) El que se va a callar vas a ser tú. Y si vuelves a meter discordia, tú serás quien se encuentre con un palo en las espaldas. (CETESIPO se achica visiblemente, sin responder. ANTÍNOO, en el mismo tonopaternal, se vuelve hacia TELÉMACO, poniéndole una mano en el hombro.) No te enojés, no ha pasado nada.

**TELÉMACO.-** (Soltándose de EURÍMACO.) ¡Suéltame ya!  
(A ANTÍNOO, sacudiéndose su mano del hombro.) ¡Y tú quita esa mano!

(ANTÍNOO, encogiéndose de hombros, le da la espalda.)

**PISANDRO.-** ¡Vaya, que nadie se enfade! ¡Vamos a jugar a los dados!

**ANTÍNOO.-** Sí, salgamos con los demás.

**EURÍMACO.-** (A TELÉMACO, **conciliador.**) Anda, ven. Vamos a tentar a la fortuna.

**TELÉMACO.-** (A punto de acceder.) Id vosotros, yo no tengo gana.

**ANFÍNOMO.-** Debes venir, no es bueno quedarse solo.

**EURÍMACO.-** (A TELÉMACO, **adulador.**) Sin ti, no hay placer en el juego.

**ANFIMEDONTE.-** (Lo mismo.) Vamos, sé complaciente.

(TELÉMACO vacila visiblemente.)

**ANTÍNOO.-** (Que de espaldas a TELÉMACO ya va hacia la salida, se vuelve impaciente.) Bien, ¿te decides o no? ¡No eres ningún dios para suplicarte tanto!

**ANFÍNOMO.-** (Con tono de moderado reproche.) ¡Antínoo!

**TELÉMACO.-** (A ANTÍNOO, fuera de sí.) ¡A nadie le he pedido que me suplique! ¡Eso es más propio de ti, que tanto gustas de que adulen los necios!

**ANTÍNOO.-** (A los demás.) ¡Vámonos, amigos! ¡Vamos al patio a jugar a los dados! ¡Si él no quiere jugar, no podemos obligarle!...

**CETESIPO.-** (Siguiendo a ANTÍNOO, que se dirige a la puerta.) ¿Vamos a quedarnos sin jugar por el capricho de un muchacho?

**ANTÍNOO.-** (En la puerta, volviéndose a los otros.) ¿A qué esperáis?

**PISANDRO.-** (Dirigiéndose hacia ANTÍNOO, alegremente.) ¡No te irrites, Antínoo! ¡Ya vamos!

(ANFIMEDONTE sigue a PISANDRO, más despacio, mientras EURÍMACO vacila.)

**ANFÍNOMO.-** (Permaneciendo junto a TELÉMACO.) Si te quedas aquí, yo te haré compañía.

**TELÉMACO.-** (Rápido.) ¡No te necesito! ¿Es que no puedo estar solo? ¿Siempre tengo que teneros encima?

**ANFÍNOMO.-** Como quieras.

**(Se separa de TELÉMACO, y se dirige a la salida, sin detenerse con los demás. EURÍMACO lo sigue, y se queda con el grupo que rodea ANTÍNOO.)**

**PISANDRO.- (Con alegría, saliendo el primero.) ¡A jugar! ¡Todos a jugar!**

**ANTÍNOO.- (Saliendo con los demás.)** Sí, vamos. Si este se quiere quedar, que se quede.

**CETESIPO.- (Al tiempo que sale con el grupo.)** ¡Que se quede royendo la envidia! **(Con el brazo sobre el hombro de ANTÍNOO.)** Porque te tiene envidia, Antínoo, eso es lo que le pasa.

**(Ha terminado la frase ya fuera de la sala. TELÉMACO les ha mirado con odio mientras salían.)**

**TELÉMACO.- (Tras corta pausa, a media voz.)** ¡Cuándo os veré a todos muertos, con una nube de buitres encima!... **(Se sienta en el sillón grande.)**

**PENÉLOPE.- (Haciéndose más visible en la ventana.)** ¡Telémaco! **(TELÉMACO se levanta rápidamente del sillón y se separa de la pared para mirar hacia arriba)** Ven, quiero hablar contigo.

**TELÉMACO.- (Irritado.)** ¡Baja tú, si quieres hablarme! ¡O dímelo desde ahí!... ¡Sé de sobra lo que me vas a decir! **(PENÉLOPE desaparece de la ventana. TELÉMACO da unos pasos imprecisos y luego se aproxima a la puerta. Se para sin llegar a ella y mira de nuevo a la ventana. Entra PENÉLOPE. Tiene entre treinta y cinco y cuarenta años, y es hermosa y de aspecto majestuoso. Viste una pesada túnica de lana con amplios pliegues y de un solo color puro y fuerte; las mangas, amplísimas, llegan cerca del codo, casi con un chal, y van adornadas con motivos geométricos muy simples, de grueso trazo; tiene el pelo negro, peinado con un alto moño de cuyo extremo salen dos rizos muy largos, que**

le llegan a la cintura; las patillas, también en forma de largos rizos serpiformes, cuelgan por delante de sus hombros. Se detiene, mirando a TELÉMACO severamente. Pausa.) ¿Por qué te quedas ahí, callada? ¿No decías que querías hablarme?

**PENÉLOPE-** (Dirigiéndose al sillón más grande.) Has vuelto a disputar con los príncipes.

**TELÉMACO-** (Colérico.) ¿Y has bajado para decir eso?

**PENÉLOPE-** (Sin sentarse todavía en el sillón, que tiene a sus espaldas. Severa.) No me hables en ese tono.

**TELÉMACO-** (Sin cambiar de tono en absoluto.) ¡Disputaré con ellos todos los días y a todas horas! ¡Hasta que se hartan de oírme y me maten o se vayan! (PENÉLOPE se sienta.) ¿No me contestas nada?

**PENÉLOPE-** (Tranquila.) ¿Mereces que te conteste?

**TELÉMACO-** (Con amargura.) ¡Yo no merezco nada, ya lo sé! ¡Ni siquiera que me contestes, cuando me quejo!... Son los otros quienes lo merecen todo, y soy el último de la casa....

**PENÉLOPE-** (Serena, pero con dulzura.) Eso no es cierto, Telémaco.

**TELÉMACO-** (Sin escucharla, autocompadeciéndose.) Sin padre que me ayude ni madre que me quiera, así estoy... más solo que un perro.... Todos esos se ríen de mí, me tratan con insolencia... hasta me amenazan... y a ti no te importa, ni lo impides ni me consuelas.... ¿Qué clase de madre eres tú? ¿Por qué me tratas así? ¡Ah, si mi padre volviera!...

**PENÉLOPE-** (Dulce.) Yo no te trato mal, hijo, eres injusto. ¿Crees que yo no me aflijo al verte sufrir por tu propio gusto?

**TELÉMACO-** (Amargo.) ¡Por mi propio gusto!... ¿Por mi gusto está aquí esa bandada de cuervos? (Señala hacia la puerta, de donde viene el rumor de los PRETENDIENTES, que juegan.) ¡Óyeles, cómo graznan!

**PENÉLOPE-** (Sonriendo, tras escuchar, complacida, el rumor.) ¡Telémaco, son nuestros huéspedes!

**TELÉMACO.- (Impaciente.)** ¡Hace tres años que son nuestros huéspedes! **(Está de pie junto al sillón de PENÉLOPE. Esta, sin dejar de sonreír, levanta el brazo y acaricia la cabeza de TELÉMACO, que se arrodilla junto al sillón para que ella le acaricie con más comodidad. Expresa su pensamiento, creyendo expresar el de su madre.)** Un día vendrá mi padre y esto se acabará....

**PENÉLOPE.- (Insinuante.)** Tu padre se fue hace veinte años... es mucho tiempo, hijo....

**TELÉMACO.-** ¡Pero vendrá, madre, vendrá!... No pierdas la esperanza... tú no puedes perder la esperanza....

**PENÉLOPE.- (Con amarga ironía.)** ¡La esperanza!... Eso es confiar en que venga algo que es mejor que lo que tenemos, ¿no es verdad? Para ti, algo mejor que yo....

**TELÉMACO.-** ¿Qué estás queriendo decir?

**PENÉLOPE.- (Tras denegar levemente con la cabeza.)** Que yo soy tu padre y tu madre, Telémaco, y haces mal en esperar otra cosa. Me temo que solo me tienes a mí.

**TELÉMACO.- (Separándose de PENÉLOPE.)** ¿Solo a ti? No, madre. Ulises volverá a su casa, yo lo sé. Volverá con nosotros, porque está vivo y quiere venir.

**PENÉLOPE.- (Sonriendo con amargura.)** Yo no te basto, a lo que veo. No lo soy todo para ti. El otro es más importante, sin duda.

**TELÉMACO.- (Impacientándose.)** Y yo, ¿lo soy todo para ti? ¡Tampoco yo te basto! ¡Necesitas a tus pretendientes, también ellos son importantes!

**PENÉLOPE.- (Impacientándose a su vez.)** ¡Por lo menos no lloran por su padre! ¡A ellos sí les basta conmigo!

**TELÉMACO.-** ¡Lo que pasa es que halagan tu vanidad! ¡Y eso te gusta! ¡Estar rodeada de una nube de príncipes que solicitan tu mano!

**PENÉLOPE.- (Serena y triste.)** ¿Tú crees que a eso se reduce todo?

**TELÉMACO.- (Triste a su vez.)** No lo sé, madre. ¿Qué puedo saber, si nunca me dices nada?

**PENÉLOPE.- (Ligeramente confidencial.)** ¿Quieres que te diga algo? Pues bien, escucha: jamás me casaré con uno de esos jóvenes aqueos. **(Señala levemente la puerta.)**

**TELÉMACO.- (Disimulando su alegría.)** Ciertamente, después de estar casada con mi padre no sería un cambio ventajoso.

**PENÉLOPE.- (Casi riendo.)** ¿Porque es fuerte en los combates? ¡Eso, para una esposa, no tiene el menor interés! **(TELÉMACO se queda estupefacto. PENÉLOPE lo advierte y adopta un tono más serio.)** No son buenos esposos los aqueos: reducen a la mujer a un papel para el que yo no he nacido.

**TELÉMACO.- (Hostil.)** Pero, ¿qué es lo que dices?, ¿qué papel es ese?

**PENÉLOPE.- (Vehemente.)** ¡El de una esclava! ¡Un ser triste que trabaja en lo que no es suyo! ¡Porque la casa y todo cuanto contiene, incluyendo los hijos y la misma esposa, son propiedad del padre aqueo! **(Despectiva.)** ¡El padre!

**TELÉMACO.- (A media voz, pero con energía.)** ¡Estás desvariando, dices cosas sin sentido!

**PENÉLOPE.- (Levantándose.)** ¡Digo la verdad! **(De nuevo despectiva.)** ¡Los aqueos!... **(Enérgica.)** ¿Quiénes piensas que son los aqueos? Antes de que ellos vinieran, los míos vivían aquí felices y tranquilos, sin preocuparse de empresas guerreras ni de hazañas personales. Rendían culto a la fecunda Tierra, cuyos frutos recompensaban su trabajo y de la que se sentían hijos y esposos. La madre era entre ellos un ser sagrado, sus consejos se escuchaban como oráculos y recibía general veneración. No usaban las palabras tuyo y mío, sino que todo era de todos, como ocurre entre los hermanos. Por eso no había robos, ni crímenes, ni esclavitud, ni guerras, ni siquiera armas....

¡Pero llegaron los aqueos y todo se acabó!... Armados de bronce y sedientos de sangre y de botín, trajeron volando sobre sus penachos a su bandada de dioses homicidas para ponerlos en nuestros viejos altares... hicieron gemir a la madre Tierra bajo el estruendo de sus carros de combate, cuyas ruedas de rayos les hacían más veloces que el viento... de todo se apoderaron y todo se lo repartieron, los animales, las tierras, los ríos, las personas.... ¡Nada quedó de nuestra antigua paz! ¡Ni el recuerdo siquiera, en la voz de un poeta!... (**Rencorosa.**) ¡Porque los aedos solo cantan las hazañas de guerra de estos hijos de nadie, que ni siquiera saben de qué patria vinieron!

**TELÉMACO.- (Tras una pausa.)** Y tú, ¿cómo sabes esas cosas? Porque si eso es verdad, debió de ocurrir mucho antes de que tú nacieses.

**PENÉLOPE.-** Antes de que yo naciese, sí: pero no mucho antes. A estas islas llegaron en los últimos tiempos, son ásperas y pobres.

**TELÉMACO.- (Desconfiado y crítico.)** Y si sabías eso, ¿por qué te casaste con un aqueo?

**PENÉLOPE.- (Encogiéndose de hombros.)** Por lo mismo que Fedra, Hipodamia, Helena, Clitemnestra y tantas otras. No teníamos opción, éramos botín.

**TELÉMACO.-** Pudieron haceros sus esclavas y os hicieron sus mujeres.

**PENÉLOPE.- (Impaciente.)** Fue por conveniencia, no por generosidad. (**Serena.**) Como el prestigio y la autoridad se transmitían entre nosotros por línea materna, les interesó desposarnos para legitimar así su condición de reyes. Tu padre hizo de Tíndaro un alcahuete para conseguir bodas conmigo, pues otros aqueos me pretendían. Así que ya ves: no soy yo reina de Ítaca por ser esposa de Ulises, sino que Ulises lo es por ser mi marido. Y si tú reinas un día, será por ser mi hijo, no por hijo de Ulises.

**TELÉMACO.- (Cabizbajo, se aleja unos pasos de PENÉLOPE.)** Todo eso que me dices puede no ser verdad....

**PENÉLOPE-** (**Altiva.**) ¡Yo nunca te he mentido!  
(**TELÉMACO, que se ha detenido, signe cabizbajo. Pausa. Afectuosa.**) Eres como tu padre, desconfiando siempre...  
(**Corta pausa. Suasoria.**) Escucha: ¿por qué crees que hay ahora ciento ocho pretendientes en el patio esperando a que elija? ¿Por mi belleza y mis encantos, cuando soy una vieja? ¿O tal vez por mi habilidad en toda clase de labores? No, Telémaco: porque saben que el que case conmigo, reinará sobre Ítaca y Duliquio, sobre la áspera Same y la selvosa Zacinto.

**TELÉMACO.- (Intranquilo.)** ¡Pero tú has dicho que no te casarás con ninguno!

**PENÉLOPE- (Sonriente.)** Ciertamente que no: puedes estar tranquilo.

**TELÉMACO.- (Preocupado, aunque sin inquietud.)** No sé qué es peor: si que sigan aquí todos devorando lo nuestro o que te cases con el que más te agrade y se vaya esa plaga.

**PENÉLOPE- (Sin alarma.)** Eso que dices no lo piensas de veras. Si me casase, te quedarías solo, y a que yo me tendría que marchar con mi esposo.

**TELÉMACO.-** No me gustaría, pero tampoco esto me gusta. Al menos, sería dueño de lo mío.

**PENÉLOPE- (Tranquila.)** No sabía que prefirieses tus bienes a tu madre.

**TELÉMACO.-** Yo no he dicho tal cosa.

**PENÉLOPE-** Tú sabrás lo que has dicho.

**TELÉMACO.- (Vehemente.)** ¿Por qué no se van todos? Si tú les expulsases, te dejarían tranquila. A mí no me hacen caso.

**PENÉLOPE-** Ni a mí tampoco me lo harían, Telémaco.... Además, no quiero expulsarlos.

**TELÉMACO.-** ¡Ya sé que no quieres! Pero, ¿por qué?

**PENÉLOPE- (Risueña.)** Porque me respetan y les tengo afecto.

**(Entran ESCLAVAS con canastillas de pan y MANCEBOS con fuentes de carne, que van colocando sobre las varias mesitas. Dos de ellos traen también una cratera, que dejan en el suelo y ponen copas en las mesas.)**

**TELÉMACO.- (Irritado, al ver entrar el pan y la carne.)**  
¿A esto le llamas tú respetarte? ¿A dejarte desnuda?

**PENÉLOPE.- (Sonriendo.)** ¿Y acaso no nació así? ¿O es que piensas que salí del vientre de mi madre conduciendo rebaños de bueyes y de cabras?

**TELÉMACO.-** ¡Claro está que no!... ¡Pero se están perdiendo los frutos del sudor de mi padre!

**PENÉLOPE.- (Sorprendida.)** ¿El sudor de tu padre? **(Con énfasis.)** ¡El botín y las rapiñas de tu padre! **(Indiferente.)** Pero, ¿a mí qué me importa que los aqueos se coman el botín unos a otros? ¡Allá ellos!...

**TELÉMACO.- (Dolido.)** Pero, ¿y yo, madre? ¿Y yo? ¡Yo también soy aqueo y soy tu hijo!

**PENÉLOPE.- (Irónica.)** ¿Le tienes mucho miedo a la pobreza?

**TELÉMACO.- (Con tono de reproche.)** ¡Sí, riéte de mí en vez de contestarme! **(Entra EURÍMACO que se detiene sorprendido.)** ¡Ahí llega el primero, con las mandíbulas dispuestas!

**EURÍMACO.- (Untuoso.)** Telémaco, no eres justo. **(A PENÉLOPE)** La tristeza le hace arisco, divina Penélope. Necesita un padre en quien confiar.

**(AGELAO, pretendiente de unos treinta y cinco años, entra y, desde la puerta, interroga a PENÉLOPE mientras habla TELÉMACO.)**

**TELÉMACO.- (Despectivo.)** ¡Quizá tú! ¿No es verdad?

**AGELAO.-** ¿Comes hoy con nosotros, Penélope?

**PENÉLOPE.-** (Amable, a AGELAO, mientras EURÍMACO, sin contestar, se acerca a una silla y pone la mano sobre el respaldo, sin sentarse.) No, Agelao, pero os haré compañía.

**EURÍADES.-** (Que entra en el momento de hablar PENÉLOPE, se vuelve gritando hacia fuera.) ¡Penélope va a estar con nosotros! ¡Corred! (Corre a ocupar una silla.)

**EURÍMACO.-** (A EURÍADES, mientras coloca el manto, que se ha quitado - en la escena anterior no lo tenía- sobre el respaldo de su silla.) Has podido decir una palabra a Penélope, en lugar de dar voces.

(Entra una tromba de PRETENDIENTES que se precipitan a coger sillas; los que traen manto, lo ponen en los respaldos y se sientan a toda prisa. Ocupados los sillones, quedan algunos PRETENDIENTES de pie. Nadie ha ocupado el sillón de PENÉLOPE.)

**EURÍADES.-** (Sentado, muy contento.) ¿A qué estáis esperando los que habéis llegado tarde? ¡Al patio!

**LIODE.-** (Saliendo, rápido.) ¡A las sillas del vestíbulo!

(Los que han quedado de pie salen corriendo, excepto ANTÍNOO y el propio TELÉMACO, que no tienen silla, pero no se mueven.)

**EURÍMACO.-** (Mientras salen los PRETENDIENTES.) ¡Por Apolo! Cuando Penélope no está con nosotros, lo mismo nos da comer en el patio, pero en días como este, eso es terrible.

(En cierta manera, se ha dirigido a PENÉLOPE, que se lo agradece con una sonrisa. Ha estado muy complacida durante toda la escena anterior.)

**PENÉLOPE**- Se deben poner más sillas en el vestíbulo.

**ANFIMEDONTE**- **(Retrepado en su silla, con buen humor.)** ¡El patio es grande!

**ANTÍNOO**- **(Entre solemne y amenazador, cruzándose de brazos.)** El vestíbulo ya está ocupado. Dos de aquí tendrán que irse al patio.

**PENÉLOPE**- **(A ANTÍNOO, riendo.)** Y me temo que uno serás tú.

**ANTÍNOO**- **(Sin inmutarse, sonriendo.)** Yo tengo amigos.

**PENÉLOPE**- **(A TELÉMACO, entre tierna y burlona.)** Y tú, ¿tienes amigos?

**ANFÍNOMO**- **(Levantándose con decisión.)** Siéntate aquí, Telémaco. Yo comeré fuera.

**EURÍMACO**- **(Al ver que ANFÍNOMO se ha levantado, se levanta también con solemnidad, ofreciendo su asiento sin apartarse de él.)** ¡Telémaco!...

**TELÉMACO**- **(Sin convicción.)** No necesito vuestras sillas.

**(EURÍMACO se sienta, con un gesto resignado.)**

**ANFÍNOMO**- **(Dirigiéndose a la salida.)** Si no te sientas tú, lo hará Antínoo.

**(Sale. ANTÍNOO no se mueve. Tras mirarlo, TELÉMACO se sienta. PENÉLOPE también.)**

**PENÉLOPE**- **(A ANTÍNOO, irónica.)** Telémaco tiene amigos, en efecto. ¿Dónde están los tuyos?

**ANTÍNOO.- (Sonriendo.)** Todos son buenos amigos, ¿verdad Euríades? Tú has llenado la sala de gente con tus voces, **(Avanza hacia él, decidido.)** ¡así, que fuera! **(EURÍADES se levanta como un conejo.)**

**EURÍADES.- (Temblando.)** ¡Siéntate, siéntate, hijo de Eupites! ¡Yo saldré al patio!

**PENÉLOPE.- (Se levanta, indignada.)** ¡Antínoo, eso no es justo! ¡Abusas de tu fuerza!

**ANTÍNOO.- (Sin sentarse aún, a EURÍADES, que se dirige a la puerta.)** ¡Espera! No quiero esta silla si no me la has cedido de buen grado y movido tan solo por tu afecto.

**EURÍADES.- (Deteniéndose.)** ¿Vas a hacerme la ofensa de dudarle? **(A PENÉLOPE.)** ¡Oh, reina! Ordena al magnánimo Antínoo que se siente sin reparo y sin dudar de mi sinceridad. **(Risas.)**

**PENÉLOPE.- (Con ternura.)** Sal al patio, querido Euríades. Quiero que sepas que tu mansedumbre me complace más que la jactancia de otros.

**(EURÍADES se inclina, agradecido, y sale un poco temeroso.)**

**ANTÍNOO.- (Sentándose, algo corrido.)** Euríades es manso conmigo, pero no creas que lo es con todos. **(A uno de los PRETENDIENTES.)** Elato, ¿tú le hubieses pedido su silla? **(Risas generales.)**

**ELATO.- (Riendo también.)** Hubiese preferido no intentarlo. **(Aumentan las risas.)**

**PENÉLOPE.- (Que también ha reído discretamente. A ELATO.)** Pero, al menos, Euríades ha salido sin pedírtela a ti.

**(Unos heraldos han sacado vino de la crátera con grandes jarras de cobre, de las que echan en las copas, que ponen en las mesitas junto a las que hay sentados uno o dos PRETENDIENTES.)**

**EURÍMACO.- (Con negligencia.)** Ha preferido hacer un buen papel, sobre todo después de lo que le has dicho. **(Galante.)** Yo también comería en el patio, a cambio de esas palabras tuyas.

**PENÉLOPE.- (Halagadora.)** Prefiero que estés con nosotros, Eurímaco.

**ANTÍNOO.- (Comenzando a comer.)** Bien, comamos. Yo tengo hambre.

**(Los PRETENDIENTES empiezan a comer.)**

**TELÉMACO.- (Cogiendo un trozo de su carne.)** Sí, comed. Comed sin reparo, que en casa ajena estáis y debéis aprovecharos.

**PENÉLOPE.- (Molesta, aunque sin acritud.)** ¡Telémaco, no hables así!

**EURÍMACO.- (A PENÉLOPE, excusando a TELÉMACO.)** No es feliz, necesita un padre....

**ANFIMEDONTE.-** Yo soy de la edad de Ulises y quiero al muchacho como si fuera mi hijo.

**CETESIPO.- (A ANFIMEDONTE, agresivo.)** ¡Y yo le quiero más que tú, así que cállate!

**PISANDRO.-** ¡Y Yo! ¡Y todos!

**(Varias voces se adhieren a PISANDRO.)**

**PENÉLOPE-** (**Complacida.**) ¡Silencio! ¡No quiero que gritéis tanto! (**A TELÉMACO.**) Ya ves, todos te quieren.

**ANTÍNOO-** (**A TELÉMACO.**) Y te querremos aún más cuando seas más amable.

**TELÉMACO-** (**Irritado.**) ¿Aún quieres más, Antínoo? ¿Qué más quieres, di? ¿Qué más os puedo dar? ¿Es que no es todo vuestro?

**PENÉLOPE-** (**A TELÉMACO.**) Debes darles tu afecto, hijo, como ellos te lo dan a ti.

**TELÉMACO-** (**A PENÉLOPE.**) ¿Es que no se lo pago bastante, engordándolos a mis expensas?

**PENÉLOPE-** (**Con gesto de desagrado.**) No seas mezquino, te lo ruego. (**A todos.**) Yo quiero veros avenidos como una gran familia, como si todos fueseis hermanos, queriéndoos y ayudándoos los unos a los otros, con bienes y afectos comunes y de manera que vuestro amor por mí sirva para uniros y no para enfrentaros. Así tenéis que ser, si me queréis como decís. (**Corta pausa. Los PRETENDIENTES no han dejado de comer.**) Esto también te lo digo a ti, Telémaco.

**TELÉMACO-** (**Rebelde.**) ¡Ya lo sé! ¡No es la primera vez!... ¡Que los quiera como a hermanos!... ¿Puede ser el buey hermano de los leones, o la oveja de los lobos?

**EURÍMACO-** (**Con tono de dulce reproche.**) No está bien que digas eso, amigo mío...

**ANFIMEDONTE-** (**Mordiéndolo en su trozo de carne.**) ¡Son los pocos años...!

**CETESIPO-** ¡Y la mucha insolencia!

**TELÉMACO-** (**Sin levantarse, a CETESIPO.**) ¡Perro!

**ANFIMEDONTE-** (**Incorporándose levemente.**) Cetesipo, si vuelves a provocar a Telémaco, te las verás conmigo.

**EURÍMACO-** (**Sin levantarse.**) ¡Y conmigo!

**CETESIPO.- (Achicado.)** ¡Yo no he provocado a nadie! ¿Es que no puedo hablar como cualquiera? Antínoo, ¿has visto? ¡Todos contra mí! ¡Antimedonte y el hijo de Pólipo!

**ANTÍNOO.- (Dejando un momento de comer, a CETESIPO.)** Harás bien en sujetar la lengua, amigo, no sea que te la corten y nadie sepa a quién ha sido. **(Sigue comiendo.)**

**EURÍMACO.- (A CETESIPO.)** ¡Insolente!

**AGELAO.-** ¡Es verdad que lo eres!

**PISANDRO.-** ¡Y un pendenciero!

**(Murmullos aprobatorios)**

**PENÉLOPE.- (Imponiéndose.)** Basta, no os cebéis en él. Estoy segura de que si Antínoo le hubiese apoyado, ninguno le insultaría.

**(Pausa. Todos comen y beben. Los heraldos vigilan que las copas no estén vacías.)**

**EURÍMACO.- (A PENÉLOPE, como excusándose.)** Por mi parte, no puedo consentir que insulten a tu hijo.

**TELÉMACO.- (Rápido, a EURÍMACO.)** ¡Defiéndeme solo cuando yo te lo pida, Eurímaco!

**EURÍMACO.- (Con dulce ingenuidad.)** Pero, ¿qué tienes contra mí?

**TELÉMACO.- (Furioso.)** ¡Lo que contra todos! ¡Hambrientos!... ¡Que me vais a dejar sin huesos!

**EURÍMACO.- (Tranquilo.)** Ya te lo he dicho: **(Mirando a PENÉLOPE.)** que tu madre elija, y nos iremos. Aquel que más le agrade, o el que más ricos presentes le traiga.

**ANFIMEDONTE**- ¡Eh, cuidado! ¡Que el que da a la reina los mejores presentes eres tú, porque eres el más rico!... Ella debe elegir atendiendo a las cualidades de cada uno, nada más....

**ANTÍNOO**- (A **PENÉLOPE**.) Penélope, todos tenemos prisa y Telémaco también... debes decidirte, esta situación ya dura demasiado.

**PISANDRO**- ¡Más de tres años!

**CETESIPO**- ¡Nos estás entreteniendo, como si jugaras con nosotros!

**PENÉLOPE**- ¡No tenéis razón para estrecharme así! ¡Yo no puedo casarme ahora, y a lo sabéis! ¡Antes tengo que dar fin a mi tarea!

**CETESIPO**- (**Insultante**.) Pero, cuánto tardas tú en tejer un sudario?

**EURÍMACO**- (**Cortesano**.) Ciertamente, divina Penélope, tu labor se alarga en demasía....

**PENÉLOPE**- (A **EURÍMACO**.) Porque quiero que sea digna de Laertes.

**ANTÍNOO**- ¿Y hay necesidad de que trabajes tanto, para ese viejo inútil?

**PENÉLOPE**- (**Tajante, a ANTÍNOO**.) Por supuesto que la hay. (**A todos**.) ¿Qué dirían de mí las mujeres cefalénias, si vieses que dejo que se entierre sin sudario a un héroe que tantas riquezas tuvo?

**AGELAO**- (**Tras corta pausa**.) Téjelo en buena hora, pero dínos al menos, ¿cuándo piensas que lo habrás terminado?

**PENÉLOPE**- (**Sin inmutarse**.) No lo sé.

**EURÍMACO**- (**Paciente**.) Eso es lo malo, ilustre reina: tu discreción es excesiva y a veces nos impacienta.

**TELÉMACO**- (**Se levanta impaciente, dirigiéndose a todos**.) ¿Y Ulises? ¿Cuándo creéis que volverá Ulises, con la lanza en la mano? Tampoco lo sabéis, ¿verdad?

**ANTÍNOO.- (Despectivo.)** ¡Bah, Ulises! ¿Aún esperas que vuelva? ¡Ya hace veinte años que partió a la guerra! ¡Hace ya mucho tiempo que regresaron todos! ¡Los que no han vuelto no volverán!

**PISANDRO.-** ¡Ulises está muerto en el fondo del mar, tan abundante en peces!

**ANFIMEDONTE.- (Evocador.)** ¡Mi pobre amigo Ulises!... A veces me imagino una playa desierta en un perdido islote y entre oscuros peñascos los negros costillares de su nave podrida... Y allí cerca, a unos pasos, asomando en la arena dorada y reseca, sus blancos huesos mondos, calientes bajo el sol, en una soledad que ya dura años enteros... solo el ruido del mal y los agudos gritos de blancas gaviotas... y el horizonte azul bajo el cielo vacío.... **(Se ha ido poniendo triste.)** ¡Mi pobre amigo Ulises, tan fecundo en recursos!...

**TELÉMACO.- (A ANFIMEDONTE).** Si le llamas tu amigo, ¿por qué haces lo que haces en la que fue su casa?

**ANFIMEDONTE.- (Con gesto de excusa.)** ¿Y qué quieres que haga? ¿Dejar que sea otro quien case con tu madre? Yo hago lo que hacen todos, nada hay que reprocharme.

**EURÍMACO.- (A TELÉMACO.)** Y lo mismo hacemos cada uno de nosotros, así que nada hay que reprocharnos a ninguno.

**TELÉMACO.- (Con agresiva ironía.)** ¡Todos irreprochables, los ilustres pretendientes de mi madre!

**PENÉLOPE.- (Rápida y sincera.)** ¡Sí, todos irreprochables!... **(Pasea por ellos una mirada satisfecha.)** ¿Qué podría yo reprocharos, queridos amigos? Sois robustos y gallardos, sumisos y leales, y desde hace largo tiempo esperáis con una fidelidad conmovedora una sola palabra mía, sin pensar ni por un momento en desistir ni abandonarme... Verdaderamente, formáis a mi alrededor la más bella corona que jamás pude soñar y gracias a vosotros me siento reina de veras. ¿Cómo no amaros a todos por igual? Un día daré fin a mi trabajo y ese será un día de negro dolor, porque me obligaréis a aceptar a uno y a rechazar al resto. Creedme: no sufriré por no tener a quien elegir, sino por no tener a quien rechazar.

**TELÉMACO.- (Poniéndose en pie, a PENÉLOPE.)** ¡Oh, madre, cuánto daño me han hecho esas palabras! ¿Acaso estos insolentes necesitan que tú les des alas? ¿Por ventura no tienen ya bastantes? Has dicho que todos te son gratos y que te complace su presencia, y se lo has dicho a ellos mismos, colmándoles de alabanzas sin el menor recato. ¿Procede así una mujer virtuosa? ¡Oh, madre, madre, qué vergüenza!... No ocurrirían estas cosas si mi padre volviese, ciertamente: no te sentarías en el megarón rodeada de hombres para hablarles a todos como ahora lo has hecho, sino que permanecerías en tu aposento ocupada en tus habituales labores y guardarías tu ternura solo para los tuyos. **(Se sienta, apesadumbrado.)**

**PENÉLOPE.- (A TELÉMACO, con severidad.)** ¿Has terminado ya de increpar a tu madre? ¿Puedo hablar ahora yo? Dices que guarde mi ternura solo para los míos, pero, ¿quiénes son los míos? ¿Los que me abandonan como a un objeto sin valor para irse a hacer la guerra, o los que vienen a mi lado porque aún puedo ser amada? ¿Los que sin hacer nada por complacerme constantemente me recriminan, o aquellos que pudiendo recriminarme se esfuerzan en complacerme?... También has dicho que carezco de recato porque alabo a estos príncipes: ¿No es justo alabar a quien lo merece? ¿A quién crees tú que debo yo alabar? ¿A tu padre, tal vez, que se apartó de mí por ir tras de Agamenón? ¡No soy yo, sino Agamenón, quien debe alabarle! ¡Alábele, pues, Agamenón! **(Corta pausa.)** No, Telémaco, no has sido justo ni has hablado razonablemente, sino todo lo contrario: la pasión de los celos que te come el corazón es lo único que ha salido de tus labios. Por celos odias a mis pretendientes y por celos me reconvienes tan desabrida y animosamente. Me amas como si también me pretendieses y, como crees tener mejor derecho, te irrita la presencia de competidores.

**TELÉMACO.- (Levantándose.)** Madre, no puedo seguirte oyendo. No te enojés si me voy, para estar solo y respirar. Volveré al caer la noche.

**PENÉLOPE.- (Triste.)** No he querido ofenderte, hijo. Solo he dicho lo que pienso.

**TELÉMACO.- (Saliendo.)** Lo sé.

**PENÉLOPE.- (Después de salir TELÉMACO, a los PRETENDIENTES.)** He estado dura con él.

**EURÍMACO.**- En modo alguno, divina Penélope. Le has hablado con sabiduría y moderación.

**PISANDRO.**- ¡Te has limitado a defenderte!

**ANTÍNOO.**- Ten cuidado con él. Quiere mandar en ti.

**ANFIMEDONTE.**- (**Que sigue algo triste.**) ¡Pobre muchacho, cómo iba!... (**A PENÉLOPE.**) ¿Sabes que hoy ha arrojado la lanza más lejos que yo?

(**PENÉLOPE no manifiesta entusiasmo alguno.**)

**EURÍMACO.**- (**A PENÉLOPE.**) No te entristezcas, un hijo debe respetar a su madre. No has estado dura.

**AGELAO.**- Te ha dicho que no tienes recato ni virtud, simplemente porque hablas con nosotros.

**EURÍMACO.**- (**A AGELAO.**) Es que él no se da cuenta de que esta es una situación anormal y transitoria... (**Como disculpando a TELÉMACO.**) Está en una confusión, por no considera eso....

**PENÉLOPE.**- (**Impaciente, a EURÍMACO.**) ¡Calla Eurímaco! Esta podrá ser una situación anormal y transitoria, como tú dices, pero ya he dicho que a mí me complace, y lo repito.

**ANTÍNOO.**- Bien, Penélope, pero aunque te agrade, es transitoria, de eso no hay duda. Cuando acabes el sudario te casarás y serás una esposa tan decente como la mejor.

**PENÉLOPE.**- (**A ANTÍNOO, irritada.**) Ahora, no soy decente, ¿verdad?

**EURÍMACO.**- (**Ladino.**) Perdónale, no es muy hábil de palabra. Ha querido decir recatada... (**Rápido.**) mejor dicho, una esposa ordinaria, normal....

**PENÉLOPE.**- (**Irónica.**) Ya. En mi aposento, con el telar y la rueca, y aplicando a las esclavas al trabajo, ¿verdad?

**PISANDRO.**- ¡Eso es! ¡Muy bien dicho!

**PENÉLOPE.**- (Como antes, pero más impaciente.) Y guardando toda mi ternura para los míos, ¿no es eso? (Se levanta.)

**ANTÍNOO.**- (Extrañado.) Naturalmente, Penélope. Es lo que debe ser.

(PENÉLOPE, sin decir nada, se encamina a la salida.  
Movimiento de estupor en los PRETENDIENTES.)

**EURÍMACO.**- (Levantándose.) ¿Qué te ocurre, reina?  
¿Dónde vas?

**PISANDRO.**- ¿Dónde vas?

**PENÉLOPE.**- (Sin detenerse.) A mi aposento. Es lo que debe ser.

(Sale. Los PRETENDIENTES se miran unos a otros.)

**ANTÍNOO.**- Pero, ¿qué le ha pasado?

**ANFIMEDONTE.**- Parece que va enfadada....

(Se miran asombrados, sin comprender. La luz ha ido decreciendo desde la salida de PENÉLOPE. Oscuro.)

## Cuadro II

La habitación de Penélope. Al fondo, puerta abierta que da a un pasillo. En la pared opuesta del pasillo y frente a la puerta es perfectamente visible una de las ventanas altas del megarón. Al otro lado de la habitación, y por tanto en primer término, hay una ventana que da al patio, que se supone se hallaría en el lugar del público. Esta ventana puede ser sugerida por el decorador, de forma que no estorbe la visión de la escena. La decoración es muy simple, a base de cenefas con motivos geométricos. El mobiliario, escaso: al fondo, a la izquierda, la cama de Penélope, pequeña y ligera, está colocada en el rincón, de forma que obstaculice lo menos posible, pasando casi desapercibida. A la derecha, casi paralelo a la pared lateral correspondiente, el gran telar, con la labor en él. Dos grandes candelabros, tan altos como una persona y de varias mechas, están colocados delante, a los lados de un sillón de respaldo igual de bajo que los brazos, con los que forma una curva única. Solo hay encendida una de las mechas en uno de los candelabros y ninguna en el otro, de modo que la habitación está muy poco iluminada. También, por la ventana que da al megarón, se aprecia la trémula claridad de invisibles antorchas. Varias sillas y taburetes están adosados a las paredes. Han pasado unas horas desde que terminó la acción del cuadro anterior. PENÉLOPE, sentada de perfil en primer término y con el rostro hacia el público, mira por la ventana que da al patio. La luz blanca de la luna le batía la cara. Pausa. En el vano de la puerta se recorta la silueta de una vieja.

**PENÉLOPE**- (Sin volver la cabeza.) ¿Eres tú, Euriclea?

**EURICLEA**.- Sí, soy yo. ¿Por qué tienes tan poca luz? Estás casi a oscuras.

**PENÉLOPE**.- De todos modos, no estoy haciendo nada.

**EURICLEA**.- (Pasa y se dirige a los candelabros.) No importa, encenderé más. Esto está muy triste.

**PENÉLOPE**- Espera, no enciendas todavía. Así está mejor.

**EURICLEA**- ¿A oscuras?

**PENÉLOPE**- Ya ha salido la luna de detrás de los muros. Está el patio que parece de plata. Ven, asómate.

**EURICLEA**- **(Escéptica.)** ¿Para ver la luna? Ya la tengo muy vista.

**PENÉLOPE**- A mí siempre me parece que la miro por primera vez.

**EURICLEA**- **(Acercándose a PENÉLOPE.)** Yo prefiero el sol, que calienta mis huesos. El sol es más alegre y da la vida.

**(Se ha quedado de pie junto a PENÉLOPE. Ahora están las dos iluminadas de blanco, mirando hacia fuera.)**

**PENÉLOPE**- No, ama. El sol no da la vida. El sol la agosta y la seca, con sus rayos de fuego. La frescura y la humedad de la luna es lo que hace que la tierra se esponje y saque de su vientre la vida de sus hijos.

**EURICLEA**- **(Apretándose con las manos sus propios brazos.)** La luna me da frío. **(Sin pausa, queriendo cambiar de conversación.)** Ya no tardarán en salir los príncipes.

**PENÉLOPE**- Cuando crucen el patio me apartaré de la ventana, no quiero que me vean más por hoy.

**EURICLEA**- ¿Estás enfadada con ellos?

**PENÉLOPE**- No, pero no conviene que me vean en exceso.

**EURICLEA**- Pues parecía que estabas enojada cuando les dejaste abajo.

**PENÉLOPE**- A veces me impacientan, eso es cierto. Quisiera que cambiaran más deprisa. Solo piensan en casarse conmigo y en hacerme su sierva.

**EURICLEA.-** Nunca cambiarán, desengáñate. Han venido a casarse contigo y llevarte a su casa aquel que lo consiga, no a servirte por nada ni a suspirar por verte cuando quieras ser vista.

**PENÉLOPE.- (Tranquila y confiada.)** Cambiarán con el tiempo, aunque lo hacen despacio. ¿Acaso no han cambiado, desde que llegaron? Al principio se odiaban y querían matarse los unos a los otros, no se hablaban si no era con insultos y mil veces al día llegaban a las manos.

**EURICLEA.- (Escéptica.)** También ahora se odian, no te hagas ilusiones. Como ya te conocen, disimulan su odio por temor a enojarte....

**PENÉLOPE.- (Como antes.)** No, no, ama, esos tiempos pasaron. Ahora son amigos, y yo veo desde aquí sus juegos en el patio, y se tienen recíproco afecto, es evidente. Ese afecto se nutre del amor que me tienen y seguirá creciendo, como hasta ahora ha crecido. Llegarán a quererse entre sí como hermanos y ninguno pensará en tomarme para él defraudando a los otros, sino que todos formarán conmigo un solo cuerpo grande y robusto, como un árbol frondoso del que yo seré el único tronco, coronado por ellos como por múltiples ramas.

**EURICLEA.- (Preocupada.)** ¡Ay, Penélope! ¿Dónde están las raíces de ese árbol? Los árboles mal arraigados caen pronto, basta el soplo del viento....

**PENÉLOPE.- (Siempre confiada.)** Esta isla y este palacio, ¿no te parecen resguardo suficiente? Allá en el continente, los argivos quizá no permitieran el logro de mi intento, como no permitieron que Helena les dejara, creando un peligroso precedente si el ejemplo cundía. Pero esto no es Esparta, amiga mía. Ítaca está lejana y es demasiado chica. Nadie de tierra firme se ocupa de nosotros, nos dejarán tranquilos. **(Sonríe, para influir confianza a EURICLEA, a la que oprime la muñeca con el mismo fin.)** No temas, no oiremos el silbido del viento....

**EURICLEA.- (De nuevo escéptica.)** ¡Y qué! De todos modos... **(Se encoge de hombros y calla.)**

**PENÉLOPE.- (Afectuosa.)** Vamos, termina. ¿Qué ibas a decir?

**EURICLEA.- (Con viveza.)** ¡Pues que, de todos modos, eso son fantasías! ¡Muchas veces lo he dicho, y tú no me haces caso!(**PENÉLOPE, que ahora está de pie, se cruza de brazos, mirando por la ventana, sin contestar. EURICLEA, detrás de ella, adopta un tono oficioso.**) ¡Elige al que más te agrade y deja ya de preocuparte!

**PENÉLOPE.- (Sin moverse.)** Me agradan todos.

**EURICLEA.- (Como antes.)** Si no te agrada ninguno, despídeles y conservarás sin merma el patrimonio de Telémaco. Aunque serás muy necia, si no tomas marido.

**PENÉLOPE.- (Riendo.)** Es inútil. Cuando te propones no entenderme, es como si hablase en el lenguaje de los careos.

**EURICLEA.-** Te entiendo mejor que tú misma.

**PENÉLOPE.- (Con convicción.)** No, tú no me entiendes. Eras una niña cuando te arrebataron a Ops Pisenórida para venderte como esclava, y solo sabes pensar como los aqueos, no te acuerdas del mundo de tus padres....

**EURICLEA.- (Irónica.)** Y en cambio, los príncipes, que son aqueos ellos mismos, ¿sí esperas que te entiendan?

**PENÉLOPE.- (Pensativa y sonriente.)** Es más fácil, por dos causas: porque son jóvenes y porque me aman.

**EURICLEA.- (Burlona.)** ¡Que te aman! ¡Vas a hacer que me ría!... ¡Como si no supieras para qué te quieren!

**PENÉLOPE.-** ¡Sí, para reinar en Ítaca y sus islas, pero eso era al principio!... Ahora me aman de veras y ese amor aumentará hasta llenarlo todo y enlazarles a ellos.... Yo seré su deidad, su madre venerada y la esposa sagrada a la que no se toca... su numen y su guía.... Cuando ese tiempo llegue, acabaré mi tela y dejaré en reposo la vieja lanzadera. (**Señalando por la ventana.**) Y en el altar del patio volverá a estar la efigie de la divina Tierra, desnudo el fecundo seno y con serpientes en las manos, en lugar de ese Zeus insolente y soberbio que se complace en herir a su madre con el rayo. (**PENÉLOPE se ha quedado en silencio ante la ventana. EURICLEA se dirige al candelabro encendido, toma de él una paja, y con ella enciende las otras mechas.**) ¿Por qué enciendes?

**EURICLEA.-** (**Mientras sigue encendiendo tranquilamente el segundo candelabro.**) Porque ya me he cansado de estar a media luz. Si a ti te gusta la oscuridad, a mí no. Además, las muchachas llegarán en seguida; ya debieran estar aquí. (**PENÉLOPE se vuelve de nuevo hacia la ventana. EURICLEA habla burlona, terminando de encender.**) Sigue mirando la luna, sigue. Si miraras al sol, verías menos fantasmas.

**PENÉLOPE.-** (**Sin volver la cabeza.**) El sol no se puede mirar, quema los ojos.

**EURICLEA.-** (**Sin mirarla.**) Ya sabes lo que digo. (**Se asoma al pasillo y da unas palmadas. Entrando de nuevo.**) Y estas jovencitas son cada día más descaradas. Como todo son blanduras.... No vendría mal un hombre, a ver si la casa iba más derecha....

**PENÉLOPE.-** (**Se vuelve, irónica, hacia EURICLEA.**) A eso llamas tú el sol, ¿verdad?

**EURICLEA.-** (**Casi refunfuñando.**) El sol es la claridad y ver las cosas como son. Nada más que eso. (**Se oyen al fondo voces y risas femeninas.**) Ya están ahí. (**Entran varias ESCLAVAS, jóvenes y lindas. De mal humor.**) ¿A qué estabais esperando?

**MELANTO.-** (**Una de las ESCLAVAS, muy hermosa.**) ¡Pero ama, no te enfades! (**Las demás, que temen el genio de EURICLEA, se han agrupado detrás de MELANTO, haciéndose gestos y ahogando las risas.**) ¡Hemos venido en seguida!

**EURICLEA.-** ¡Cuando os he llamado!

**MELANTO.-** (**Que tiene ganas de reír.**) ¡Antes no había luz, hemos mirado! (**Risitas contenidas de las ESCLAVAS. MELANTO sonrío.**)

**EURICLEA.-** (**Furiosa.**) ¡Melanto, tú no tienes ni asomo de vergüenza!

**MELANTO.-** (**Con burlona inocencia.**) ¿Quién, yo?

**EURICLEA.-** (**Agresiva.**) ¡Sí, tú! ¡Tú!... ¡Y como no te corrijas, te mando con tu padre! ¡A cuidar de las cabras!

**MELANTO.-** (Que empieza a alarmarse. Humilde, mirando a PENÉLOPE.) Pero si no he hecho nada...

(Las risitas de las otras ESCLAVAS han terminado.)

**EURICLEA.-** (Crecida.) Cuando venga tu hermano a traer carne, te irás con él. Así que ya lo sabes.

**PENÉLOPE.-** (Que ha seguido atentamente el incidente.) No, Euriclea. Melanto no se irá. (Coloca un brazo sobre los hombros de MELANTO con gesto de protección y la oprime cariñosamente.) Quiero que esté a mi lado. (Con la otra mano le acaricia una mejilla.) Es demasiado hermosa para estar en el campo, ¿no lo ves? El viejo Dolio tiene muchos hijos que le ayuden.

**EURICLEA.-** Y tú, muy pocas mujeres que te respeten. Así va tu casa. Sin respeto abajo ni sensatez arriba...

**PENÉLOPE.-** (Fría, aunque no severa.) Prefiero que me amen a que me respeten.

**EURICLEA.-** (Se encoge de hombros y abre un cofre del que saca canastillas llenas de ovillos de hilo.) Como quieras. Ya me lo dirás, cuando todo se lo lleve el viento.

(Las ESCLAVAS cogen sillas y taburetes y las ponen cerca del telar. PENÉLOPE, de pie junto a su silla, mira la labor que hay en él.)

**PENÉLOPE.-** (Sin separar la vista de la labor, como dictando una sentencia.) Vamos a destejer.

(Una especie de soplo helado paraliza a las mujeres, que se miran entre sí con expresión de angustia. EURICLEA, que se hallaba distribuyendo entre las ESCLAVAS las canastillas de hilo, reacciona la primera, con evidente mal humor.)

**EURICLEA.**- ¡Otra vez! ¡Otra vez a deshacer! ¿Crees que los príncipes tienen tanta paciencia como tú? ¡Hacer y deshacer!, ¡hacer y deshacer! ¡Y así durante años!

**(Las ESCLAVAS han reaccionado a su vez, con curiosidad. Se agrupan junto a PENÉLOPE, mirando la tela.)**

**ESCLAVA PRIMERA.**- ¡Qué lástima, si es hermosísimo!

**PENÉLOPE.**- **(Concentrada.)** Ya no me complace.

**MELANTO.**- Pero, ¿por qué?

**PENÉLOPE.**- No lo sé. Ya no me agrada.

**ESCLAVA SEGUNDA.**- ¡Acaba al menos la figura del hombre, que sepamos cómo es su cara!

**PENÉLOPE.**- **(Ligeramente nostálgica.)** Jamás lo sabremos ninguna de nosotras. Es como conocer la cara de un hombre que murió siendo niño. Devolvió a la tierra su cuerpo, sin seguir creciendo para satisfacer nuestra curiosidad.

**MELANTO.**- **(Riendo.)** Y del mismo modo, este va a devolver su hilo a los ovillos para que nazcan otros, que a su vez morirán.

**ESCLAVA PRIMERA.**- Quizá no. Puede que lo que después se teja resulte ya del gusto de la reina, y una vez hecho lo mire y vea que es bueno: entonces podría conservarlo y descansar de su tarea.

**PENÉLOPE.**- **(Sentándose.)** Así es como algunos aqueos dicen ahora que Zeus hizo al hombre, de una vez para siempre. Pero yo no lo creo: pienso que el hombre es obra de la Tierra, que lo hace y lo deshace sin descanso y nunca lo termina.

**EURICLEA.**- **(Irónica.)** ¡Sí, como tú!

**PENÉLOPE.- (Alegre.)** Vamos a comenzar, que Euriclea se impacienta.

**(Las ESCLAVAS se dirigen a ocupar sus puestos respectivos; una, a cada extremo del telar, y las otras, formando un corro en semicírculo a espaldas del mismo, cuyo diámetro es el propio telar. Al otro lado y frente a él, se halla sentada PENÉLOPE. EURICLEA se sienta en medio del corro, con una canastilla en el suelo, junto a ella. Todas las ESCLAVAS jóvenes tienen una canastilla sobre sus rodillas con ovillos de hilo, a excepción de las dos que ocupan los extremos del telar, que carecen de hilo.)**

**ESCLAVA TERCERA.- (Mientras se sienta en su sitio.)** ¿Qué figuras va a tener ahora la tela?

**PENÉLOPE.- (Complacida.)** Lo veréis a su tiempo, no hay que tener prisa.

**EURICLEA.- (Que acaba de sentar. Despectiva.)** Tendrá figuras como las que adornan los sepulcros, igual que siempre.

**ESCLAVA SEGUNDA.- (Ingenua.)** ¿Por qué?

**MELANTO.- (Como diciendo algo evidente.)** Es un sudario, ¿no?

**EURICLEA.- (Desabrida.)** ¡Lo será, si alguna vez se termina! **(Hablando hacia la tela, que la separa de PENÉLOPE.)** ¡Para entonces, de Laertes no quedarán ni huesos!

**PENÉLOPE.- (De buen humor.)** Está vivo y se conserva fuerte.

**(Comienza la tarea: con una fíbula, levanta un hilo del tejido y lo corta con la afilada punta de un cuchillito. Las ESCLAVAS situadas en los extremos del telar van cogiendo estos cabos y tirando de ellos, sacan hilos que entregan a EURICLEA. Esta examina los trozos de hilo que recibe, y según características que aprecia en ellos - color, tamaño, grueso, etc.- los entrega a las ESCLAVAS que tienen los ovillos que, a su vez, destuercen las puntas y empalman una de ellas con la del ovillo correspondiente, humedecen el empalme con saliva pasándose el hilo por la boca y retorciendo de nuevo con los dedos, para liarlo después. Cuando EURICLEA recibe trozos de hilo demasiado cortos, los echa a la canastilla que tiene en el suelo, junto a ella. El trabajo se realiza sin prisas y conversando.)**

**ES CLAVA TERCERA.-** (Tras corta pausa de concentración general al comienzo.) A mí, cuando más me gustó esta tela, fue antes de que la deshiciésemos por última vez, ¿os acordáis? Tenía a las hijas de Dánao con sus cántaros....

**PENÉLOPE-** ¿Te agradaba más que ahora?

**ESCLAVA TERCERA.-** (Sin vacilar.) ¡Oh, sí!... (Tras leve titubeo.) Este hombre que trenza la soga lo he visto pintado en los sepulcros, pero nadie sabe quién es....

**EURICLEA.-** (Despectiva.) ¡Es un muerto, en el reino de Hades!...

**PENÉLOPE-** (Paciente.) No, no es un muerto. Es el viejo Oknos, que trenza tranquilo su cuerda, sin importarle que su burra se la vaya comiendo por el otro extremo. Hacer y deshacer, como dice Euriclea. (Risas.) Oknos y su asna son como la Tierra, que crea la vida y se la traga para crearla de nuevo. Es el mismo significado que el de las hijas de Dánao....

**(Se miran unas a otras, sorprendidas.)**

**MELANTO.- (Alto, a PENÉLOPE.)** Pero esas no trenzaban cuerdas, sino que intentaban llenar de agua sus cántaros sin fondo....

**PENÉLOPE-** El agua es la vida, y si los cántaros tuviesen fondo, pronto se agotaría. Gracias a que no lo tienen, la vida vuelve a su origen y puede tomarse de nuevo. Como en nuestra tela, los hilos vienen al telar, vuelven al ovillo y retornan al telar formando cada vez figuras distintas....

**EURICLEA.- (Impaciente.)** Penélope, no puedes negar que las Danaides están condenadas a ese trabajo en el infierno, por haber matado a sus maridos. Eso lo saben todos, y estas también, aunque no se atreven a contradecirte.

**PENÉLOPE- (También con impaciencia.)** ¡Eso lo dicen los aqueos, que son unos ignorantes y deforman las cosas que apenas conocen!... Antes de que ellos viniesen, las mujeres aquí gobernaban la casa con dulzura y sabiduría y los hombres, que eran más pacíficos, se dejaban de buena gana aconsejar y dirigir. A eso lo llaman los aqueos **(Recalca con intención.)** «matar a sus maridos», y se han arreglado la historia de las hijas de Dánao, confundiendo un símbolo del renacer de la vida con una mentira urdida para tapar una antigua verdad.

**(Corta pausa. Las ESCLAVAS jóvenes han quedado sorprendidas. EURICLEA gruñe ininteligiblemente.)**

**MELANTO.-** ¿Las mujeres mandaban en los maridos?

**EURICLEA.- (Áspera, pero con afecto involuntario.)** No te hagas ilusiones, muchacha. La reina puede decir lo que quiera, que para eso es la reina. Tú aplícate a tu trabajo y nada más.

**PENÉLOPE- (Amable.)** No, Euriclea. No hay que aplicarse tan solo en el trabajo. Se debe conversar para hacerlo más grato. **(Transición.)** Sí, las mujeres mandaban, pero no como ahora mandan los hombres... y tampoco a los maridos, porque no los había... había solamente mujeres y hombres. Ahora todo es

distinto, las mujeres somos como animales.... ¿Os acordáis del flechador Apolo y de la hermosa Dafne? (**Interrumpiéndose.**) Me parece que ya se marchan los príncipes (**Presta atención.**)

**ES CLAVA CUARTA.- (Levantándose.)** Miraré al patio.

**PENÉLOPE.-** No, no te asomes. (**La ESCLAVA se inmoviliza.**) No quiero que te confundan conmigo.

**ESCLAVA CUARTA.-** No me verán, miraré con cuidado. (**Se acerca a la ventana lateralmente.**) Sí, ya salen. Van en grupos, como siempre.

**PENÉLOPE.- (Soñadora.)** Los de Ítaca, a sus casas, y los de las islas, a sus naves. Mañana vendrán de nuevo, a llenarnos el palacio con su risa y su fuerza.

**ESCLAVA CUARTA.- (Desde la ventana.)** Los primeros ya han pasado el pórtico y los otros lo harán en seguida. (**Vuelve a su sitio.**) Van de prisa.

**PENÉLOPE.- (Como recordando algo.)** Tengo que mandar mañana mismo un recado a Demoptólemo. Se está cansando y parece que quiere abandonarme. Melanto, tú se lo dirás, ¿quieres? Como a los otros: que no se desanime, que me complace muy especialmente....

**MELANTO.- (Interrumpiéndola.)** Sí, ya sé, que tenga paciencia, que puede ser él el elegido. (**Tras corta pausa.**) ¿Qué ibas a decir sobre Dafne y Apolo cuando salieron los príncipes?

**PENÉLOPE.-** ¡Es verdad, hablábamos de eso!

**EURICLEA.-** Los príncipes ya se han ido y hay que limpiar el megarón. Hemos empezado muy tarde, pero de todos modos hay que dejarlo. Mañana podréis seguir con las historias.

**MELANTO.- (A EURICLEA.)** ¡Eso es la reina quien lo tiene que decir!

**ESCLAVA SEGUNDA.-** ¿Por qué te disgusta que nos hable?

**EURICLEA.-** ¡A callar, vosotras!

**PENÉLOPE-** (**Cortando con suavidad y energía la naciente discusión.**) En seguida terminaremos. Es cierto que tenéis que limpiar el megarón antes de irnos, las otras ya estarán acostadas. Bastará con que quitéis lo imprescindible, por la mañana lo harán mejor las que ahora duermen. (**De buen humor.**) Bien, terminaré lo que iba a deciros. (**Riendo.**) Esta historia no será como la tela. (**Las ESCLAVAS jóvenes han dejado de trabajar y se agrupan alrededor de PENÉLOPE. EURICLEA es la única que sigue en su silla.**) Escuchad. Ya sabéis que el dios del arco de plata se prendó de la ninfa Dafne y la persiguió largo tiempo. Cuando la logró alcanzar, ella se convirtió en una planta de laurel. Se suele interpretar esto como la ilusión, que es hermosa mientras es perseguida, pero que al ser alcanzada, pierde su encanto y se desvanece. Para mí, representa algo más: representa la carrera de la vida, en la que, durante mucho tiempo, fue la mujer por delante del varón, rompiendo el aire la primera con su pecho puntiagudo. Pero un desgraciado día fue alcanzada y perdió hasta su condición de ser humano. Reducida al estado de cosa, su vida es desde entonces como la vida de las plantas, un puro vegetar sin conciencia siquiera de sí misma.

**EURICLEA.-** (**Tras corta pausa y de mal humor, viendo que las ESCLAVAS se quedan pensativas.**) ¡Sí, llénale a todas la cabeza de locuras! ¿No hay, acaso, bastante contigo?

**MELANTO.-** (**A PENÉLOPE.**) ¿Y por qué no corremos?

**ESCLAVA PRIMERA.-** (**A PENÉLOPE, con timidez y dulzura.**) Tú y a lo haces, ¿verdad?

**PENÉLOPE-** (**Acariciándola.**) Lo intento.

**EURICLEA.-** (**Dando palmadas.**) ¡Todas al megarón!

**PENÉLOPE-** (**Riendo.**) ¡Sí, andad!... Daos prisa. (**Las ESCLAVAS se dirigen a la puerta.**) ¿Vais a ir cada una con el de siempre? (**Las muchachas se quedan paradas, sin contestar.**) Ya veo que sí. Os he dicho muchas veces que os conviene cambiar de pareja con frecuencia. Si os ligáis a un solo hombre, os dominará. Melanto, ¿vas a casa de Eurímaco?

**MELANTO.-** (**Con tono de excusa.**) Es que ya me ha dicho que me espera....

**PENÉLOPE**- Entonces, debes ir. Pero no imites la fidelidad de los perros, si no quieres ser uno de ellos. Acuérdate de Dafne, convertida en arbusto. Andad.

**(Las ESCLAVAS salen a toda prisa, con animación.  
PENÉLOPE se queda pensativa, mientras EURICLEA recoge las canastillas abandonadas para guardarlas de nuevo en el cofre.)**

**EURICLEA**- **(Gruñendo, sin dirigirse a PENÉLOPE.)** ¡Para lo que se ha hecho esta noche, más valía no haber empezado! **(PENÉLOPE sigue pensativa.)** ¿En qué estás pensando? ¿En esas desvergonzadas?

**PENÉLOPE**- **(Pensando en voz alta.)** Están formando parejas monogámicas y eso es grave... por ahí se puede deshacer lo que yo estoy haciendo, sería como esa tela...

**EURICLEA**- **(Vehemente.)** ¡Abre los ojos, Penélope!... Mientras esas sucias perras les den lo que necesitan, los príncipes no te pueden querer a ti... ¡Yo no entiendo cómo pasas por eso!

**PENÉLOPE**- No, no, Euriclea. No es así como los príncipes me tienen que querer. Puesto que no puedo ser de todos, no lo seré de ninguno. Pero ellos pueden tener mujeres que me representen, a quienes deben querer mientras piensan en mí... Lo que de ningún modo tiene que ocurrir es que se formen parejas estables, eso no. Así es como yo les perdería, y además, ¿qué sería de mi corona de esposos si cada uno conociese a sus propios hijos? ¿Dónde iría a parar su fraternidad? ¡Se convertirían en una bandada de buitres!

**EURICLEA**- **(Indignada.)** ¿Y es que ahora no lo son? ¡Mira, sal de esta situación insensata! ¡Escoge a cualquiera de ellos y cástate!

**PENÉLOPE**- No podría hacerlo aunque quisiera, ama.

**EURICLEA**- ¿Cómo no has de poder? ¡Claro que puedes!

**PENÉLOPE**- Si tú tuvieras varios hijos, ¿podrías elegir a uno y despedir al resto?

**EURICLEA**- Pero, ¿qué estás diciendo de hijos? ¿Acaso has parido tú a los príncipes?

**PENÉLOPE**- En cierta manera. Una mujer solo es madre de veras cuando lo es de todos los hombres de su casa.

**EURICLEA**- (**Asombrada.**) ¡Por Hera!... Así pues, todos son para ti tus maridos y al mismo tiempo, tus hijos... (**PENÉLOPE no contesta, pero su actitud es de asentimiento.**) ¿Y Telémaco? ¿Dónde dejas a ese?

**PENÉLOPE**- (**Con ternura.**) ¡El más pequeño!... Por eso es el más amado y el más difícil...

**EURICLEA**- (**Irónica.**) ¡Uno más!... ¿Y es también, a la vez, tu marido?

**PENÉLOPE**- (**Con naturalidad.**) Por supuesto. Aunque él de buena gana sería mi hijo único y también mi único esposo... los celos le hacen rebelde, hoy se ha irritado mucho y se ha marchado al campo, quizá con Eumeo. Adviértelo al portero, pero tú no lo esperes, puede ser que no vuelva hasta mañana.

**EURICLEA**- (**Saliendo.**) Voy a ver si ha venido.

**PENÉLOPE**- (**Asomada a la puerta, para hablar a EURICLEA.**) Acuéstate, Euriclea. Telémaco no está.

**VOZ DE EURICLEA**- (**Bastante próxima.**) Sí está. Hay luz en su aposento. (**Se oyen golpes dados en una puerta.**) ¡Telémaco, hijo!, ¿estás ahí? ¡Ven a ver a tu madre, no está bien lo que haces! (**PENÉLOPE se separa de la puerta y se sienta frente al telar.**) Anda, te está esperando.

(**Corta pausa. Entra TELÉMACO.**)

**TELÉMACO**- ¿Qué quieres, madre?

**PENÉLOPE**- (**Tranquila.**) No sabía que hubieses vuelto.

(Entra EURICLEA.)

**TELÉMACO.- (Contenido y hostil.)** ¿Necesitabas saberlo?

**PENÉLOPE.- (Más severa.)** Yo necesito saber quién duerme entre mis paredes.

**TELÉMACO.- (Severo a su vez.)** También debieras saber quién duerme fuera de ellas, si tanto estimas la honestidad de tu casa.

**EURICLEA.- (A PENÉLOPE, señalando a TELÉMACO.)**  
¡Ya lo ves, no soy yo sola!

**PENÉLOPE.- (A EURICLEA, dura por primera vez.)**  
¡Silencio, ama! ¡Vete a la cama!

**EURICLEA.- (A TELÉMACO, acariciándole un brazo.)**  
Voy a preparar tu habitación. (Sale.)

**TELÉMACO.- (Con tono conciliatorio.)** Tú no puedes sujetar a esas puercas, pero yo sí podría, si me dieras el mando de las mujeres.... Tengo edad más que suficiente....

**PENÉLOPE.-** ¿Mandar tú en las mujeres? No, mientras yo viva.... ¡Ni después, tampoco! ¡Eso, jamás!

**TELÉMACO.- (Irritado.)** ¡Tú quieres mandar en todo y lo cierto es que no mandas en nada! ¡Aquí todos hacen lo que quieren! ¡Todos menos yo!... ¡Pero de todos modos, a esas las pondré en su sitio!

**PENÉLOPE.- (También irritada.)** ¡Deja en paz a las mujeres! ¿Me has oído? (Se levanta.) ¡Ni una palabra! ¡Y ahora, vete! ¡Ya debieras estar acostado!

(TELÉMACO se contiene, guardando silencio. Se dirige despacio a la puerta y al llegar a ella se detiene.)

**TELÉMACO.- (Desde la puerta.)** Madre... yo me quiero marchar.

**PENÉLOPE.- (Asombrada.)** ¿Marcharte? ¿A dónde?

**TELÉMACO.-** A... buscar a mi padre.

**PENÉLOPE.-** Anda, vete a la cama y no digas necedades.

**TELÉMACO.- (Con rencor.)** Me iré en el barco de otro, ya que no puedo ir en el mío....

**PENÉLOPE.- (Ofendida.)** ¿Y tengo yo la culpa de que no tengas barco? ¿Tu padre se los llevó! ¿Los suyos y los de sus amigos! ¿Doce magníficas naves de rojas proas, llenas de jóvenes cefalénios!... ¿Dónde están esas naves y dónde están esos hombres? ¿Yo no lo sé! Pero sí te puedo decir que no eres el único que ha perdido a su padre. ¿Cincuenta guerreros llevaba cada nave! Eso quiere decir que hay en nuestra patria seiscientos Telémacos como tú.... Se necesitarán seiscientos barcos, si cada uno quiere el suyo para buscar al padre que lo engendró.... **(Comienza a apagar las luces. Con calma, sin mirarle, mientras apaga.)** Solo sabes exigir privilegios. **(Sigue apagando).**

**TELÉMACO.- (Tras corta pausa.)** De todos modos me iré. **(Con energía.)** ¡Me iré, en cuanto pueda!

**(Sale. PENÉLOPE, a medio apagar, se vuelve hacia la puerta vacía y se queda mirándola en silencio.)**

TELÓN

## Acto II

### Cuadro I

**La misma decoración que al comenzar el primer acto. Han pasado tres o cuatro meses. Los PRETENDIENTES acaban de dar fin a la comida; algunos comen todavía, otros beben, y otros, ahítos, se acomodan y estiran en sus sillones, sacudiéndose el sopor o entregándose a él. PENÉLOPE no está, y su silla la ocupa TELÉMACO. Sentado en el suelo, junto a él, ha comido de su mesa el porquerizo EUMEO, viejo y vestido con tosca túnica corta. También sentado en el suelo, se halla junto a EURÍMACO el joven cabrero MELANTIO. Aún hay en el suelo un tercer comensal, pero este se halla un tanto aislado, con la espalda apoyada en el muro junto a la única puerta. Se trata de ULISES disfrazado de mendigo; viste grandes harapos flotantes que le cubren por completo y, aunque ya es maduro, se esfuerza por aparentar más edad de la que tiene, de modo que su aspecto es casi el de un anciano. Ha colocado su astroso zurrón delante de sí, y también él está dando fin a su comida, que tiene puesta encima del zurrón.**

**ANFIMEDONTE.- (Solícito y amistoso.)** Telémaco, no guardes silencio por más tiempo. Ya están satisfechos nuestros vientres, pero no nuestras almas. Haznos el relato de tu viaje, te lo suplico en nombre de todos.

**TELÉMACO.- (Mirando a ULISES.)** Ya he hecho ese relato a quien debía de hacerlo.

**ANTÍNOO.- (Ligeramente borracho. A los demás.)** Se lo ha contado a su madre.

**CETESIPO.- (Burlón.)** ¡Y ella lo ha recompensado con su silla!

**EURÍMACO.- (Adulador.)** ¿Acaso no es digno de ella? Ha hecho un largo viaje y ha adquirido gloria, no lo negaréis. Muchos jamás habéis estado ni estaréis en la lejana Pilos ni en Esparta criadora de caballos, que tan adentro del continente se halla. Ciertamente, hoy es Telémaco el más ilustre de nosotros. **(A TELÉMACO, melifluo.)** Ya ves: yo apenas he salido de Ítaca, pero reconozco que los hombres ganan lustre viajando.

**ANTÍNOO.- (A TELÉMACO, torpe y festivo.)** ¡Ya lo has oído! ¿Por qué no sigue ilustrándote? ¡Yo no te lo impediré!... ¡Ojalá viajes hasta reunirte con tu padre!

**(TELÉMACO, colérico, mira a ULISES que, por señas, le recomienda paciencia.)**

**ANFÍNOMO.- (Serio, a ANTÍNOO.)** Telémaco debe quedarse en su casa. Ahora que ha demostrado que es un hombre, se aplicará mejor al cuidado de su hacienda.

**TELÉMACO.- (Irritado, a ANTÍNOO.)** ¿Para qué, para hartaros a vosotros? Eso no es posible, Anfínomo. Sois insaciables.

**LIODE.- (Que se halla sentado al fondo, cerca de la crátera.)** No le falta razón a Telémaco para estar enojado. Por mi parte, cuando su madre tome esposo, pienso devolverle cuanto he consumido.

**ANFÍNOMO.- (Sencillo, sin jactancia.)** También lo haré yo. Lo he dicho otras veces y ahora lo repito.

**EURÍMACO.- (Ostentoso.)** ¡Yo haré más que eso! No me conformaré con retribuir a Telémaco lo gastado, sino que añadiré tantos regalos, que se tendrá por afortunado con haberme tenido en su mesa. ¡Vosotros dos siempre alardeáis de honrados, pero os limitáis a ofrecer lo justo!

**ANTÍNOO.-** ¡Nadie será más generoso que yo a la hora de pagar!

**(Generales protestas de adhesión.)**

**ANFIMEDONTE.- (Paternal, a TELÉMACO.)** Ya ves, hijo, cual es nuestra disposición. Considéranos tus amigos como antes hacías, y relátanos tu viaje.

**TELÉMACO.- (Desabrido.)** Eso ya lo has pedido, Anfimedonte.

**AGELAO.-** Está bien, guarda silencio si lo prefieres.

**CETES IPO.-** ¡No te lo vamos a rogar más! ¡A nosotros no nos importa!

**(TELÉMACO tiene un movimiento de cólera, que ULISES contiene con una seña. Este se levanta y, con el zurrón abierto en la mano izquierda, se dirige sucesivamente a los PRETENDIENTES extendiendo la derecha en demanda de limosna. Los príncipes le van dando carne y pan de sus mesas, mientras le miran con extrañeza. ULISES guarda en su zurrón la comida a medida que la recibe.)**

**ANTÍNOO.- (Dirigiéndose a EURÍMACO.)** En mi vida he visto a este pedigüeño, y eso que me sé de memoria a todos los de la isla.

**EURÍMACO.-** Pues no me preguntes a mí, hijo de Eupites. Tampoco yo le conozco. **(A MELANTIO.)** Y tú, ¿no le has visto antes? **(A ANTÍNOO.)** Sin duda, es del continente.

**MELANTIO.-** Cuanto yo os puedo decir, oh ilustres pretendientes de la reina, sobre este forastero, al que ya vi antes que ahora esta mañana, es que Eumeo le guiaba hacia aquí; pero ni sé quién es ni de dónde viene.

**ANTÍNOO.- (A EUMEO.)** Di tú, porquerizo, ¿por qué nos has traído aquí a este piojoso? ¿Acaso no tenemos ya bastantes vagabundos y bastantes pobres hambrientos en torno a nuestras mesas? ¿O es que crees que somos aún pocos a devorar los bienes de tu amo y buscas nuevas bocas?

**EUMEO.-** Antínoo, no hablas bien, pese a tu nobleza. ¿Cómo se te puede ocurrir que nadie vaya a buscar a un hombre así? Se busca a los médicos, a los adivinos, o a los carpinteros, pero no a los mendigos, que son inútiles para toda cosa. Así no sé por qué me increpas de ese modo.

**TELÉMACO.-** Antínoo, en verdad que te ocupas de mí como un padre se ocuparía de su hijo, cuando con tan duras palabras me invitas a arrojar de mi palacio a este huésped. Pero no voy a complacerte. Por el contrario, toma algo y dáselo, que lejos de parecerme mal y prohibírtelo, te ruego que lo hagas. Aunque no sé para qué te digo esto, cuando tú solo piensas en comer sin dar nada a nadie.

**ANTÍNOO.- (Furioso.)** ¿Cómo te atreves a dirigirme a mí reproches, insolente muchacho? ¿Qué dices? ¡Si todos los pretendientes le dieran tanto como yo, en tres meses por lo menos no saldría de su casa! **(Ha cogido el escabel en que tiene los pies y lo enarbola, riendo.)**

**ULISES.- (Que ha recogido limosna de todos los príncipes, se acerca humilde a ANTÍNOO, que conserva el escabel en su mano mientras bebe con la otra.)** Dame tú también algo, amigo. No creo que seas peor que los demás, tu aspecto es el de un rey. Dame, que yo celebraré tu fama por toda la tierra. Yo he sido rico y mírame ahora: en Egipto me arruiné y en Chipre fui esclavo. También tú puedes caer en la miseria....

**ANTÍNOO.- (Lo interrumpe, fuera de sí.)** ¿Qué dios enemigo nos habrá empujado hasta aquí a esta peste, a esta amargura del banquete? Quítate de mi lado, vagabundo, si no quieres que te mande de nuevo a Egipto o a Chipre.... Anda, anda a pedir a esos que te han dado y que aún pueden ser más generosos, pues dan a costa de otro....

**ULISES.- (Sin disimular la cólera y el desprecio.)** ¿Serías capaz de dar ni un grano de sal de tu casa, cuando en la ajena no lo eres ni de ceder un poco del pan que por todas partes sobra? **(Gira lentamente, para volverse junto a la puerta.)**

**ANTÍNOO.- (Ofendido, se levanta tambaleándose.)** No saldrás con bien. miserable, de aquí, después de haberme hablado de ese modo.

**(Arroja a ULISES el escabel, que conserva en la mano. Por causa de la borrachera lo hace torpemente. El golpe da de plano y sin fuerza en el hombro de ULISES, que ni siquiera lo acusa, mientras ANTÍNOO se desploma en su sillón. El mendigo le mira torvamente. Hay un gran silencio. Despacio, vuelve junto a la puerta y se sienta en el suelo, como antes.)**

**ULISES.- (A los silenciosos príncipes, con voz solemne.)** Nada tiene de particular que un hombre sea herido cuando combate defendiendo su hacienda o sus rebaños; pero que lo sea cuando no hace sino pedir un pedazo de pan para aplacar la furiosa hambre, he aquí lo que es inexplicable y, sin embargo, tan solo por esto me ha herido Antínoo. Pues bien: si en verdad hay dioses protectores de los pobres, si hay para ellos furias vengadoras, ¡que muera Antínoo antes de matrimoniar y engendrar hijos que se le asemejen!

**ANTÍNOO.- (Desde su sillón, disimulando su vergüenza.)** ¡Forastero, que no te volvamos a oír! Ocúpate en tragar tus mendrugos en esa puerta o lejos, si no quieres que tu excesiva insolencia atraiga sobre ti a nuestros servidores.

**ANFÍNOMO.- (Con tono de reproche. En general, los PRETENDIENTES están disgustados por la conducta de ANTÍNOO.)** Has hecho muy mal, Antínoo, maltratando a este pobre que te pedía una limosna.

**LIODE.-** ¿Qué sería de ti, infeliz, si por casualidad fuese uno de los inmortales?

**ANTÍNOO.- (Medio de broma, para desvanecer la impresión.)** ¡Basta, Liode, te lo suplico! ¡No nos amargues a todos con uno de tus piadosos discursos sobre las Erinnias implacables!

**EURÍMACO.- (Sonriente y superior.)** Tiene razón Antínoo. Ha sido un incidente desagradable, pero sin consecuencias. Vamos a olvidarlo todos, en lugar de hacer reproches: no acabemos de estropear el banquete.

**(Muestras generales de asentimiento. EUMEO, entre tanto, se está despidiendo de TELÉMACO en voz baja.)**

**PISANDRO.-** ¡Bebamos, amigos!

**(EUMEO sale, y en seguida, lo hace MELANTIO.)**

**EURÍMACO.-** ¡O hablemos de otra cosa!

**ANFIMEDONTE.-** ¡Eso es! ¡Que Telémaco nos narre su viaje!

**(Risas. Entra IRO, un mendigo joven, corpulento y de buenas carnes.)**

**IRO.- (Desde la puerta, abriendo los brazos.)** ¡Salud a todos, príncipes nobilísimos!

**(Los príncipes ríen, acogiéndole con agrado. Le señalan a ULISES, que sigue sentado sin mirar IRO.)**

**PISANDRO.- (Señalando a ULISES.)** ¡Mira, Iro! ¡Se te han adelantado!

**EURÍMACO.- (Riendo.)** Has llegado tarde, amigo. Tu competidor ha sido más diligente.

**IRO.- (Encarándose con ULISES.)** ¡Largo de esta puerta, viejo, si no quieres que te coja de un pie y te quite yo a la fuerza! ¡No te has dado cuenta todavía de que todos los príncipes me invitan, con sus guiños, a hacerlo? No lo hago porque vergüenza me da meterme contigo, pero ¡largo!, te digo, si no quieres que lleguemos a las manos.

**ULISES.- (Con voz colérica.)** ¡Desgraciado! ¿Qué daño te hago y o? ¿Impido que te den lo que tengan voluntad, por mucho que sea? Y si hay en este umbral sitio para los dos, ¿por qué has de envidiar que venga a mis manos parte de lo que a ti no te pertenece? Mira, no me provoques demasiado ni excites mi cólera, no sea que, a pesar de ser viejo, te haga echar sangre por todo el cuerpo.

**IRO.- (Coge grandes aspavientos de matón.)** ¡Se necesita poca vergüenza! ¡Y, encima, chilla como una vieja insolente! Si le meto mano, le echo al suelo los dientes. ¡Hala!, desnúdate y si tan fiero eres, cíñete un lienzo y sal de aquí al vestíbulo, carcamal.... ¡Vas tú a atreverte con un hombre como yo!....

**(Los PRETENDIENTES los escuchan, muy divertidos.)**

**ANTÍNOO.- (Riendo, a los otros.)** ¡Amigos! ¡Hoy tenemos diversión!: el forastero e Iro van a llegar a las manos. Vamos a decidirles. (ANTÍNOO y varios otros se levantan y se acercan a ULISES e IRO.) Hagamos una cosa: de las morcillas que se están preparando para nosotros, ofrezcamos la que le plazca escoger al mendigo que resulte vencedor. Y, además, en adelante comerá con nosotros como uno más, y solo él podrá entrar aquí a pedir limosna.

**(Murmullo general de aprobación.)**

**ULISES.- (Humilde, a los PRETENDIENTES.)** ¿Cómo queréis que un pobre viejo como yo luche contra este, que es joven? Mirad que no es justo. Y el caso es que el implacable vientre me está empujando a aceptar un combate del que saldré vencido. Confío en que ninguno de vosotros socorrerá a Iro perjudicándome a mí.

**(Murmullo general ofreciendo seguridades.)**

**TELÉMACO.-** Aquel que te perjudique tendrá que habérselas con los demás. Te hallas bajo mi protección por ser mi huésped, y los reyes Antínoo y Eurímaco están de acuerdo conmigo.

**(Voces de aquiescencia.)**

**ULISES.- (Levantándose.)** Bien está. Salgamos al vestíbulo, donde hay menos sillas y más espacio.

**(Sale, al tiempo que IRO, seguidos de los PRETENDIENTES. El megarón se queda vacío, pero se oye el murmullo de las voces simultáneas, que cruzan comentarios. Se hace transparente la parte alta de la pared del fondo y se ve iluminado el aposento de PENÉLOPE, que se halla en él acompañada de EURICLEA. Ambas están de pie.)**

**PENÉLOPE.-** Ni siquiera uno ha salido al patio.

**EURICLEA.- (Que se asoma por la ventana del pasillo que da al megarón.)** Pues en la sala no hay nadie. **(Se asoma más, mirando hacia la puerta.)** Están todos en el vestíbulo, haciendo corro. Parece que Iro y el huésped que ha traído Eumeo van a pelear. Se están desnudando.

**PENÉLOPE.- (Contrariada.)** ¡Siempre peleas, hasta como diversión! ¡Nunca cambiarán!

**EURICLEA.- (Que sigue atisbando.)** Telémaco está en medio, disponiéndolo todo.

**PENÉLOPE.-** No me extraña. Ha vuelto de su viaje muy crecido. Pocos días han sido, pero no parece el mismo.

**(Arrecian los murmullos de los príncipes.)**

**VOZ DE EURÍMACO.-** ¡Desdichado de Iro!

**VOZ DE PISANDRO.-** ¡Qué viejo más extraordinario!

**PENÉLOPE.-** Necesita algo de freno y se lo voy a poner, que sepa que sigo siendo su madre. Está haciendo pelear a su viejo huésped y le reñiré por ello delante de todo.

**EURICLEA.-** Acabará por odiarte.

**PENÉLOPE.-** Creo que me odia ya. Pero pienso añadir algo que le complacerá: voy a pedir obsequios a los príncipes. Telémaco se está volviendo avaro: ¿no notas que desde hace algún tiempo solo piensa en sus bienes? Ya verás cómo se alegra cuando mis pretendientes me ofrezcan a porfía regalos de oro labrado. (**Murmillos de descontento de los PRETENDIENTES.**) ¿Qué es lo que ocurre?

**EURICLEA.- (Esforzándose por mirar.)** No sé...

**VOZ DE ANTÍNOO.- (Enérgico.)** ¡Eres un miserable indigno de vivir! Antes, todo era despreciar e insultar a este extranjero, y ahora, porque ves que, aunque es viejo, todavía tiene buenos músculos, su sola presencia te hace temblar. Pues escucha: si te dejas vencer, te haré meter en una nave y te mandaré al cruel Equeto, que te cortará la nariz y las orejas y te arrancará las vergüenzas para dáselas crudas a sus perros.

**EURICLEA.- (Divertida.)** Iro tiene miedo.

**PENÉLOPE.- (Amarga.)** Y Antínoo le amenaza. Desde que se descubrió que destejía la tela y tuve que acabarla, ha vuelto a ser tan violento como al principio.

**EURICLEA.-** Todos están impacientes. Al fui y al cabo, el sudario ya está hecho.

**PENÉLOPE.-** Fui demasiado débil. No debí terminarlo.

**(Gran clamor de los PRETENDIENTES.)**

**EURICLEA.- (Entusiasmada.)** ¡Bien! ¡Vaya puños!

**PENÉLOPE**- ¡Pero, Euriclea!, ¿tú también?

**EURICLEA**.- ¡La pelea ha terminado! Iro ha caído del primer golpe. Todos se apartan para no mancharse con el caño de negra sangre que arroja por la boca....

**PENÉLOPE**- ¡Quita de ahí! ¡Debiera darte asco!

**EURICLEA**.- (**Apartándose de la ventana.**) Sí, vámonos. Ya vuelven.

(**Se apaga la luz del aposento de PENÉLOPE, desapareciendo la transparencia. Comienzan a volver los PRETENDIENTES, haciendo comentarios y riendo.**)

**PISANDRO**.- ¡Vaya con el viejo!

**EURÍMACO**.- ¿Habéis visto, con qué prisa ha cogido a Iro de un pie y se lo ha llevado arrastrando fuera del palacio?

**ANTÍNOO**.- (**A un ESCLAVO.**) A ver, tú, di que traigan la morcilla más grande.

(**El ESCLAVO sale.**)

**AGELAO**.- (**A EURÍMACO.**) Si fuera más joven, sería duro de pelar incluso para nosotros.

**ANFÍNOMO**.- (**Irónico, a AGELAO.**) Y así también, Agelao, y así también, no te hagas ilusiones.

**EURÍMACO**.- (**A ANFÍNOMO.**) Quizá lo sea para ti, Anfínomo. No nos juzgues a nosotros por ti mismo.

**ANFIMEDONTE**.- (**Despreocupado.**) ¡Los dioses saben si lo es o no lo es! ¿A nosotros qué nos importa? ¿Es acaso un enemigo armado en contra nuestra? ¡No iréis a discutir por un mendigo!

**PISANDRO**.- (**Alegre.**) ¡Es un mendigo valiente!

**(Entra ULISES, arreglándose los andrajos. Tras él, el  
ESCLAVO con una morcilla en un gran plato.)**

**ANTÍNOO.- (Tomando la morcilla y poniéndola, jocosamente,  
ante ULISES, que de nuevo se sienta en su sitio.)** Toma,  
forastero. Que Zeus te conceda cuanto desees, en recompensa  
por librarnos de ese mendigo.

**ANFÍNOMO.- (Que ha tomado la copa de manos de un  
copero, y la ofrece con respeto a ULISES personalmente.)**  
¡Salud, valeroso extranjero! ¡Ojalá seas dichoso en lo sucesivo,  
ya que hasta ahora te ha abrumado tanto la desdicha!

**ULISES.- (Recibiendo la copa.)** Hijo eres, Afínomo, de un  
padre cuya reputación ha llegado hasta mí: el valor y las  
riquezas de Niso el duliquense me son conocidas, y veo que  
eres digno hijo de tal padre, pues prudente y discreto me  
pareces. Por lo mismo, voy a darte un buen consejo: vuélvete a  
tu casa, mira que aquí os amenaza un gran peligro. Ulises  
volverá pronto y una vez que vuelva, la sangre va a correr.

**(Bebe en la copa apurándola y la pone de nuevo en las  
manos de ANFÍNOMO, que se separa de ULISES con el  
semblante ensombrecido.)**

**EURÍMACO.- (Que se halla sentado de cara a la puerta,  
se levanta ceremonioso, mientras ANFÍNOMO se sienta  
taciturno.)** ¡La divina Penélope!

**(Los PRETENDIENTES se levantan con más o menos  
presteza. TELÉMACO, también. Entra PENÉLOPE. Los  
del vestíbulo y el patio pasan tras ella, quedando cerca de  
la puerta, junto a la que ULISES gatea y se incorpora.  
Silencio.)**

**PENÉLOPE-** (Llega despacio junto a las columnas del centro y se dirige a TELÉMACO.) Telémaco, hijo mío, en verdad que careces de toda voluntad y juicio. Has hecho un largo viaje para hacerte un hombre y, ahora que lo eres, no muestras ni juicio ni valor. ¡Has sufrido que en tu presencia se maltrate a un huésped! ¡Qué se pensará de ti cuando se sepa que un hombre a quien has dado tu palacio por asilo, ha sido tratado indignamente!

**TELÉMACO.-** No me indigna, madre mía, que estés irritada, bien que no merezca tus reproches. Mi huésped ha resultado vencedor del combate que ha sostenido con Iro, que ha quedado tan maltrecho y malparado que ni la cabeza puede sostener sobre sus hombros. ¡Ojalá tus pretendientes estuviesen como él!

**EURÍMACO.- (Galante.)** ¡Discreta Penélope! Si los ricos argivos que pueblan la divina Argólida te vieses, muchos más serían los pretendientes que llenarían tu palacio, pues ciertamente ninguna mujer puede comparársete en hermosura, arrogancia y buen juicio.

**PENÉLOPE-** Eurímaco, no me hables de mi belleza ni del número de mis pretendientes. ¿Qué ganaría con tener más de los que tengo? ¡Una ruina más rápida! Todos cuantos anhelan matrimoniar con una mujer ilustre y rivalizan entre sí para alcanzarla traen grasos bueyes y pingües ovejas para obsequiar a los amigos de la novia y, en vez de devorar impunemente sus bienes, se los acrecen con magníficos regalos.

**ANTÍNOO.-** ¡Prudentísima Penélope! Te ruego que admitas cuantos regalos nos plazca a los príncipes ofrecerte, pues no sería bien que rehusases nuestras dádivas. Pero no nos volveremos a nuestras tierras sin que entre nosotros hayas elegido por marido al que más te agrade.

**(Todos corean a ANTÍNOO con exclamaciones afirmativas y PENÉLOPE se inclina levemente, mirando después a TELÉMACO. Los príncipes llaman por señas a los esclavos, heraldos y coperos, y les hablan en voz baja. Estos asienten y salen presurosos. PENÉLOPE sale tras ellos, escoltada hasta la puerta por los PRETENDIENTES.)**

**EURÍMACO.-** (Mientras acompaña a PENÉLOPE.) ¿Por qué nos dejas tan pronto, ilustre reina?

**PENÉLOPE.-** Sin mí estáis más libres para disfrutar a vuestro antojo.

**PISANDRO.-** ¡Solo disfrutamos contigo, Penélope!

**PENÉLOPE.-** No me gustan las peleas, Pisandro, ya lo sabes.

**ANTÍNOO.-** ¡Pero si no peleamos!

**PENÉLOPE.-** (Mirando a ULISES.) Otros se envilecen para daros gusto.

(Ulises le sostiene la mirada.)

**EURÍMACO.-** Perdónanos una vez más, y quédate.

**PENÉLOPE.-** (Complacida.) No, ya es de noche. Voy a mandar que os traigan luz.

(Sale. Los príncipes vuelven a sus asientos.)

**ANTÍNOO.-** (De mal humor.) Desde que acabó la tela, viene menos.

**ANFÍNOMO.-** Quizá no la entendimos.

**EURÍMACO.-** ¡La entendimos demasiado! ¡Quería entretenernos, mientras esperaba a Ulises!

**(Entran varias ESCLAVAS, con dos o tres braseros que colocan en el poyo circular que hay entre las cuatro columnas. Otras traen antorchas encendidas, con las que sustituyen a las apagadas que hay en el fuste de dichas columnas; la habitación queda iluminada en el centro y en penumbra el resto. Se van las esclavas y quedan dos cuidando de los braseros y las antorchas. Una de ellas es MELANTO.)**

**ANTÍNOO.- (Mientras las ESCLAVAS traen los braseros y las antorchas.)** ¡Pues va siendo menester que elija!

**EURÍMACO.-** Puede que ahora se decida. Los regalos que nos ha pedido la ayudarán a discernir quién es el más generoso.

**ANFIMEDONTE.-** ¡Ya estás tú como siempre!

**CETESIPO.-** Si ella no decide, decidiremos nosotros.

**ANTÍNOO.-** Podríamos pelear por ella. Lo dije al principio.

**PISANDRO.-** ¡Nada de eso! ¡Prefiero jugarlo a los dados!

**ULISES.- (A las dos ESCLAVAS que han quedado.)** No está bien que permanezcáis aquí, entre tantos hombres. Id junto a la reina y ayudadla en las labores del huso y de la rueca. **(Las ESCLAVAS se miran asombradas y empiezan a reír. Con más cortesía.)** Vamos, haced lo que os digo, y yo cuidaré de que no falte luz a los aquí reunidos.

**MELANTO.- (Molesta, aunque divertida.)** ¿Y tú, quién eres para darnos órdenes a nosotros? ¿Te ha trastornado el vino o es que te ha vuelto loco la vanidad por tu victoria sobre Iro? Pues oye, ten cuidado, no sea que alguno más valiente que él te saque a golpes del palacio.

**ULISES.- (Lleno de cólera.)** Voy a contar a Telémaco lo que dices, ¡perra!, para que aquí mismo te despedace.

**(Ha hablado en voz alta, y TELÉMACO y los demás miran hacia ellos. Las ESCLAVAS, intimidadas, salen de inmediato y EURÍMACO se encoleriza.)**

**EURÍMACO.**- ¿No te agradecería, ilustre huésped, entrar a mi servicio? Te enviaría con gusto a mis campos, a ver qué tal te portas; pero no creo que te convenga ganarte tu pan. Lo tuyo es pedir limosna y llenar sin trabajo tu insaciable barriga.

**ULISES.**- Eurímaco, si tuviéramos cada uno una hoz en la mano y un buen campo de hierba delante de nosotros, pronto verías el prado mocho a mis espaldas. Y si en una guerra yo tuviese un escudo, dos lanzas y un buen casco de bronce, pronto me verías en primera fila y entre los mejores. Tú, en cambio, te crees valeroso no porque lo seas, sino porque te hallas rodeado de muchos, aunque no valen más que tú. Y si Ulises volviera, esas puertas tan anchas te parecerían demasiado estrechas, por el miedo y la prisa con que huirías.

**EURÍMACO.**- **(Mientras coge un escabel y lo lanza contra ULISES.)** ¡Miserable!

**(ULISES se inclina, esquivando el golpe. Se promueve un pequeño alboroto. Algunos sujetan a EURÍMACO y otros se encaran con ULISES. TELÉMACO corta enseguida.)**

**TELÉMACO.**- **(Enérgico.)** ¡Basta! ¡No quiero pendencias! Sin duda, estáis excitados por el vino. Puesto que ya estáis hartos, id cada uno a vuestra casa, que buena falta os hace. Sin que esto sea, por mi parte, echaros.

**ANFÍNOMO.**- **(A los demás.)** Nadie se irrite ni replique a Telémaco destempladamente, ni cometa otros excesos maltratando a su huésped. Puesto que aquí enderezó sus pasos, a su cuidado esta. Vayámonos nosotros a nuestras casas.

**(Golpeando amistosamente la espalda del irritado EURÍMACO, se lo lleva hacia la puerta. Todos le siguen, recogiendo sus mantos de los respaldos de las sillas. ULISES queda en medio de la habitación. TELÉMACO ha despedido a los PRETENDIENTES en el vestíbulo, y vuelve en seguida.)**

**ULISES.-** Telémaco, no perdamos un momento. Hay que quitar estas armas de aquí. Si mañana los pretendientes las echan de menos, dices que el humo las estaba estropeando, y no parecen las mismas que Ulises dejó cuando se fue. Y además, para prevenir que, embriagados, traben disputa y se hieran con ellas, mancillando convite y noviazgo.

**TELÉMACO.-** Arriba hay una habitación vacía donde pueden estar.

**ULISES.-** Pues vayamos a ello. **(Descuelga el escudo de una panoplia, hace un haz con el abanico de lanzas, y lo pone bajo el brazo de TELÉMACO, poniéndole el escudo en la otra mano. Hace lo mismo con otra, para transportarla él.)** Ve tú delante.

**(Salen los dos, Se transparenta de nuevo el cuarto de PENÉLOPE, en el que se halla esta y varias ESCLAVAS. También se hace visible EURICLEA, que espiaba el megarón por la ventana.)**

**EURICLEA.- (Pasando rápida a la habitación.)** Telémaco y el viejo están quitando las armas de la sala. Parece que las traen hacia acá, al aposento vacío de al lado.

**PENÉLOPE.-** ¿Por qué hacen eso?

**EURICLEA.-** No lo sé. Ha sido idea del mendigo, hablaba a tu hijo con mucha autoridad.

**MELANTO.- (Como refiriéndose a algo ya relatado.)** Igual que a mí. Nunca he visto un pordiosero con tanta insolencia.

**(Entran de nuevo en el megarón ULISES y TELÉMACO, con las manos vacías, y repiten la operación con otras dos panoplias, mientras continúa la escolla en el aposento de PENÉLOPE.)**

**PENÉLOPE**- (A MELANTO.) Has debido disimular. ¿No comprendes que se lo cuenta todo a Telémaco?

**MELANTO**- ¿Y voy a consentir que me dé órdenes ese haragán?

**EURICLEA**- (Irónica.) ¡Estaría bueno!

**PENÉLOPE**- (Medio en broma.) Parece que también se las da a Telémaco. Debemos ser prudentes.

**MELANTO**- ¡Lo que debemos hacer es ponerlo en la puerta!

**PENÉLOPE**- ¿Y qué haría mi hijo? No, yo no me atrevo.

**MELANTO**- Yo lo haré, entonces.

**PENÉLOPE**- No seas loca, ya se irá. (ULISES y TELÉMACO aparecen de nuevo, cogen las lanzas de una lancera y salen con ellas.) Me vas a poner en un compromiso. Ese mendigo extranjero ha embaucado a Telémaco, no hay duda. Debemos tener tacto.

**MELANTO**- ¡Bah! Si mañana vuelve lo echo a la calle y se acabó.

**PENÉLOPE**- Inténtalo, si quieres. Pero si no tienes éxito y yo estoy delante, tendré que reñirte por maltratar al huésped de mi hijo. (Entran en el megarón ULISES y TELÉMACO. Ya no quedan armas.) Tienes que comprenderlo.

**ULISES**- (En voz baja.) Vete a dormir, hijo mío. Yo quiero aún espiar el palacio.

(TELÉMACO coge una antorcha y sale. ULISES se acurruca en un ángulo oscuro de la sala.)

**EURICLEA**- Me parece que oigo a Telémaco que pasa a su habitación. (Sale al pasillo, y mira por la ventana del megarón. Desde ella, a PENÉLOPE.) Ya no hay nadie.

**PENÉLOPE**- Bajaré con vosotras mientras limpiáis el megarón. No quiero quedarme sola esta noche. Creo que tengo miedo.

**(Salen todas al pasillo y se apaga la transparencia. La escena queda muy poco iluminada, con solo una antorcha y los braseros medio apagados. Entran PENÉLOPE y las ESCLAVAS; la primera se sienta en el sillón central, mientras EURICLEA le pone un escabel bajo los pies. Las demás retiran de las mesas el pan y las copas. Una de ellas se encuentra con ULISES acurrucado en la oscuridad y grita asustada. Sobresalto general. MELANTO le increpa, colérica.)**

**MELANTO**.- Pero, ¿qué haces aquí todavía, rondando de noche por el palacio y espiando a las mujeres? ¡Largo, fuera! ¡Conténtate con lo que has sacado y no aguardes a que te echen a tizonazos!

**ULISES**.- **(Colérico, a su vez.)** ¡Desgraciada! ¿Otra vez te encarnizas conmigo? Sin duda es porque soy viejo y pobre, ¿verdad? Pues ten cuidado, no vuelva Ulises y castigue tu insolencia, ¡aunque también Telémaco te puede castigar y lo hará, no lo dudes!

**PENÉLOPE**- **(Espacio, y sin alzar la voz.)** ¡Atrevida! ¡Perra desvergonzada! ¿Crees que no me es conocida tu desordenada conducta? ¡Pero aguarda, que ya pagarás tu perfidia! **(A ULISES.)** Ven, huésped, acércate y toma asiento. **(ULISES se sienta en un sillón próximo a PENÉLOPE.)** Dime, ¿quién eres y de dónde vienes?

**ULISES**.- Soy cretense, y hermano del rey Idomeneo, pues me engendró Deucalión. No te contaré mis desdichas, porque han sido tantas que mis quejas te cansarían. Pero sí te diré que hace veinte años conocí en Knossos a tu esposo Ulises, que iba camino de Troya y se hospedó bajo mi techo. Y te puedo asegurar que muy en breve volverá a su casa.

**PENÉLOPE**- No, anciano, no volverá. Mi hijo ha traído noticias fidedignas que le ha dado Menelao, y sé que Ulises no piensa en volver, pues pasa su tiempo dulcemente en los brazos de la ninfa Calipso, junto a la que vive hace ya muchos años. (A EURICLEA.) Euriclea, ve a traer agua para lavar al huésped, y cuida que le preparen un buen lecho para pasar la noche. (EURICLEA sale.) Ojalá goces de mejor descanso del que yo suelo gozar, pues los temores y cuidados que siempre tengo me impiden dormir, y si lo hago sufro de tales pesadillas que mejor me fuera no haber dormido, y eso que no las puedo entender ni descifrar.

**ULISES**.- Algo se me alcanza en interpretar el sentido profundo de los sueños, pues todo los vagabundos somos un poco augures. Dime si quieres aquel que mejor recuerdes, y veré de ayudarte en tu esclarecimiento.

**PENÉLOPE**- La pasada noche tuve uno que me dio mucho pesar. Tengo en el palacio veinte gansos que comen trigo remojado en agua, y cuya hermosa presencia tanto me gusta contemplar. Mas he ahí que, en mi sueño, de súbito bajó del monte un águila enorme de corvo pico y, cayendo sobre ellos, los mató a todos con gran fiereza, ensangrentando sus bellísimas plumas blancas y destrozándolas sin piedad. Yo lloraba llena de dolor, y las mujeres de Ítaca me consolaban, o quizá lloraban conmigo. Y el águila, posada en la techumbre, me miraba terriblemente, decía: ¡soy tu esposo! Me desperté llena de congoja y temblando toda, y vi que los gansos estaban en casa, comiendo trigo como antes.

**ULISES**.- (Taciturno.) Es evidente, reina, que los gansos son los pretendientes y el águila es Ulises. Lo que no alcanzo a comprender es el motivo de tu pesar.

(Entra EURICLEA con un caldero.)

**PENÉLOPE**- (Arrepentida de haber hablado.) Huésped, los sueños son casi siempre vanos y caprichosos, y no vale la pena que se piense en ellos. Ahí llega Euriclea con agua para tus pies.

**(ULISES se levanta, y se dirige a un lugar apartado y oscuro, al que le sigue EURICLEA. ULISES se sienta, y se descalza, tapándose bien con su astroso manto. EURICLEA se ha arrodillado ante él con el caldero en medio. Comienza a lavarle los pies. Repentinamente, le palpa con interés la pantorrilla y se queda quieta. PENÉLOPE se halla distraída con las ESCLAVAS. EURICLEA, con voz turbada, habla temblorosa a ULISES.)**

**EURICLEA.-** ¡Ay, hijo querido! Ulises eres, cierta estoy. ¡Y no te he reconocido hasta tocar esta cicatriz!

**(Vuelve la cabeza hacia PENÉLOPE. ULISES, rápido, con una mano la coge por detrás del cuello y con la otra le tapa la boca.)**

**ULISES.- (Con acento duro.)** ¡Cállate, ama, cierra la boca! ¿Quieres perderme? Calla y guarda el secreto, que nadie lo sepa en el palacio. De lo contrario, no ha de valerte ser mi nodriza y haberme criado en tus pechos, que cuando haga la matanza que he de hacer aquí, tampoco a ti he de respetarte.

**(Le separa la mano de la boca, mirándola fijamente. EURICLEA, paralizada, mira a ULISES con expresión de terror. Nadie se ha apercibido. La acción queda en suspenso mientras se hace el oscuro.)**

## Cuadro II

**El día siguiente. La escena representa nuevamente el aposento de PENÉLOPE. No hay apenas cambios con relación a su aspecto del primer acto. El telar, ahora vacío, está arrinconado al fondo, el la derecha. Los candelabros han cambiado de posición y se hallan apagados. La habitación recibe luz por la ventana del primer término, que daría al patio. La puerta está cerrada. En escena, PENÉLOPE y EURICLEA. Ambas parecen nerviosas, se hallan de pie y pasean.**

**EURICLEA.**- No te excites. Todo se va a arreglar.

**PENÉLOPE.**- Eso te digo yo a ti.

**EURICLEA.**- **(Sentándose.)** Después de tantos años de vivir así, parece mentira que esto cambie. **(Se levanta. PENÉLOPE, sin contestar, se pasea retorciéndose las manos.)** Pero, ¿qué estás haciendo ahora? **(Dirigiéndose a la puerta y conteniéndose para no abrirla.)**

**PENÉLOPE.**- La prueba, ya lo sabes. **(Esperanzada.)** Si no la supera ninguno, todo seguirá igual. **(EURICLEA emite una risita corta y amarga.)** ¿Por qué te ríes?

**EURICLEA.**- ¿Me he reído? No sé si me he reído. ¿Qué piensas tú del viejo huésped?

**PENÉLOPE.**- ¡Qué nos importa el viejo huésped! Estoy contenta, ama. Estoy contenta, por el gesto de Telémaco.

**EURICLEA.**- ¿Qué gesto?

**PENÉLOPE.**- ¿Cómo que qué gesto? ¡Ha tomado parte en la prueba! Puesto que yo sería el premio del vencedor, él ha concurrido espontáneamente para ganarme: ¡como un pretendiente más!

**EURICLEA.**- **(Escéptica.)** Al parecer, no te ha ganado.

**PENÉLOPE**- (Contenta.) ¡Ninguno me ganará! Y yo los conservaré a todos, por eso he impuesto esta prueba. Les engaño como a niños.

**EURICLEA**.- Pero, ¿por qué me has mandado que cierre la puerta? Así no nos enteramos de nada.

**PENÉLOPE**- Prefiero no verlo. Me da miedo de que alguno gane.

**EURICLEA**.- Tú sí que eres una niña. Déjame mirar, no te diré nada. (PENÉLOPE mira por la ventana del patio. Entendiéndose autorizada por el silencio de su ama, EURICLEA abre la puerta. Se oye el rumor de las voces de los PRETENDIENTES.) Voy a echar una ojeada. (Se aproxima a la ventana del megarón.)

**VOZ DE EURÍADES**.- (Se la oye muy clara.) ¡Lo que pide la reina es imposible!

**PENÉLOPE**.- (Se vuelve, riendo, hacia EURICLEA.) ¿Has oído, ama? (Desde la ventana, EURICLEA contesta por señas, se pone el dedo en los labios y atisba con interés.) ¡Lo que pide la reina es imposible!... Puesto que dicen que son tan hombres, ahí tienen una prueba de hombres.... (Irónica y alegre.) Son demasiado viriles para compartirme con el corazón sin tocarme con las manos. ¡Pues que lo demuestren!.... (Corta pausa. Se vuelve hacia EURICLEA que sigue atisbando.) ¿Qué pasa?, ¿se ve algo?

**EURICLEA**.- (Con despecho.) ¡Nada!... Están casi todos en el megarón mirando hacia el vestíbulo, ¡pero no se ve lo que pasa allí!... (Se esfuerza por mirar.)

**PENÉLOPE**.- Yo te diré lo que pasa allí.... (Continúa nerviosa y contenta.) ¡Están probando sus fuerzas y su destreza!

(Se oyen risas de los PRETENDIENTES.)

**EURICLEA**.- Ahora entra Agelao, con la cabeza baja.

(PENÉLOPE ríe, cogiéndose los brazos.)

**VOZ DE PISANDRO.-** (Con su habitual tono despreocupado.) ¡A ver de lo que soy capaz!

**PENÉLOPE.-** (Tierna, al oírla.) ¡Mi alegre Pisandro!

(EURICLEA se separa de la ventana y entra en el aposento.)

**EURICLEA.-** Nada, no sé lo que pasa en el vestíbulo. No lo veo.

**PENÉLOPE.-** (Riendo.) Pues yo lo sé sin verlo. No pueden armar el arco.

**EURICLEA.-** ¡Yo es que no me lo explico! ¡Si eso lo hace una mujer!... (PENÉLOPE lanza una carcajada.) Pero, ¿de qué te ríes?, ¿por qué no me dices lo que pasa?

**PENÉLOPE.-** (Riendo todavía.) Es una prueba de fuerza viril, ama.... Tú todavía no lo has entendido.... Pasar la flecha de una vez por el orificio de doce hachas colocadas en fila.... ¿Es que y a no te acuerdas de que el hacha es el símbolo de la mujer? (Triunfalmente.) ¡Y el potente dardo es la fuerza del hombre! ¡Adelante, pues! ¡Que disparen!... (Riendo.) Pero antes hay que tensar el arco, y ni de eso son capaces, a la vista del arduo trabajo que les aguarda....

**EURICLEA.-** (Estupefacta.) Entonces, ¿no están con el arco de Ulises? ¿Están con mujeres?

**PENÉLOPE.-** (Bromista.) Ama, ¿qué estás diciendo? ¡No seas deshonesto! (Ríe.)

**EURICLEA.-** (Impaciente.) ¡Acláralo, por Hera! ¿De qué es esta prueba, de guerra o de amor?

**PENÉLOPE.-** ¡De las dos cosas!... Para ellos el amor es como la tierra, así que ahora están a sus anchas: ¡abundante botín!

**VOZ DE ANTÍNOO.- (Potente, dominando el murmullo general.)** A ti te toca, Leócrito, ¿a qué esperas?

**VOZ DE LEÓCRITO.-** ¡Mira, yo prefiero no intentarlo!  
¡Que vaya el siguiente!

**PENÉLOPE.- (Feliz.)** ¿Has oído?

**EURICLEA.- (En una afirmación que es una interrogación.)** ¡Así que están con mujeres!

**PENÉLOPE.-** ¡Con hachas!

**EURICLEA.-** Entonces, ¿por qué me has engañado?

**PENÉLOPE.- (Riendo.)** Yo no te he engañado.

**EURICLEA.-** ¿Por qué no lo dices de una vez?

**PENÉLOPE.-** Ya está dicho. Son las dos cosas. Cualquiera de las dos opciones incluye a la otra. No se pueden separar.

**VOZ DE ANTÍNOO.- (Como antes.)** ¡Eurímaco, solo quedamos nosotros!

**EURICLEA.-** ¡Voy a ver! **(Corre a la ventana.)** ¡Sale Eurímaco!

**PENÉLOPE.-** No grites tanto, que te van a oír.

**EURICLEA.-** No hay cuidado, están pendientes de lo que pasa en el vestíbulo. La única que no lo sabe soy yo.

**PENÉLOPE.- (Festiva.)** ¿Cómo que no lo sabes?

**EURICLEA.-** ¿Cómo lo voy a saber, si tú no me lo dices?

**PENÉLOPE.-** ¡Ya te lo he dicho!

**EURICLEA.-** ¡Con enigmas!

**PENÉLOPE.-** ¿Qué tal se porta Telémaco? **(Se acerca a EURICLEA.)**

**EURICLEA.- (Con cierto enfado.)** ¡No lo sé! No lo veo.

**PENÉLOPE**- Ese es astuto y mañoso. Creo que tiene más posibilidades que ningún otro.

**EURICLEA**- ¿Te gustaría que ganase?

**PENÉLOPE**- Ni él, ni ninguno. Lo sabes de sobra. (Arrecian los murmullos.) Tampoco ha tenido éxito. Allí vuelve.

**VOZ DE EURÍMACO**- Estoy avergonzado, por mí y por todos: ¿qué pensarán de nosotros?

**VOZ DE ANTÍNOO**- Mañana probaremos de nuevo todos, y seguramente tendremos más fortuna.

**PENÉLOPE**- ¡Mira, qué astuto es el hijo de Eupites!

**VOZ DE ULISES**- ¡Oídme, pretendientes de la ilustre reina! Permitidme a mi vez que haga la prueba, para ver si mi fuerza y vigor se conservan como en mi juventud, o si las he perdido por causa de los años.

**PENÉLOPE**- **(Divertidísima.)** ¡El viejo huésped también quiere probar!

**(Han aumentado los murmullos.)**

**VOZ DE ANTÍNOO**- **(Colérica.)** ¡Sin duda, perdiste el juicio de tanto vagabundear, oh tú, el más miserable de los huéspedes! Bebe, si aún te lo pide el cuerpo, pero no trates de competir con quienes son más jóvenes que tú.

**PENÉLOPE**- Voy a hablarles. Déjame. **(Aparta de la ventana a EURICLEA, y habla desde ella a los PRETENDIENTES.)** No es decoroso ni justo, Antínoo, que se ultraje a los huéspedes de Telémaco. ¿Imaginas que, si el forastero pasa la prueba, habrá de llevarme con él como su mujer propia? No creo que sea tan insensato como para alimentar tal esperanza.

**VOZ DE TELÉMACO.-** Madre mía, el único con poder aquí para decidir quién toma o no toma parte de la prueba soy yo. Conque vuelve a tu habitación y ocúpate en las labores que te son propias, que aquí de cuanto a esto atañe nos ocuparemos los hombres y principalmente yo, que soy quien manda en esta casa.

**PENÉLOPE.-** (Se aparta de la ventana y vuelve a la habitación, con asombro y amargura.) Ya has oído a mi hijo. Él es quien manda en esta casa, yo aquí no soy nadie.

**EURICLEA.-** (Sin darle importancia.) Muchas veces lo ha dicho, y no le has hecho caso.

**PENÉLOPE.-** Ahora es distinto. Cierra la puerta, la prueba ha terminado. No ha ganado ninguno, pero Telémaco va a ser un problema. Nada será como antes.

**EURICLEA.-** Aún no ha probado el huésped.

**PENÉLOPE.-** Cierra, cierra. ¡Que nos importa ese mendigo!

(EURICLEA cierra la puerta, preocupada.)

**EURICLEA.-** Ese mendigo... debieras pensar más en él...

**PENÉLOPE.-** ¿Pensar en él? ¿Por qué?

**EURICLEA.-** (Muy turbada.) No... por nada....

**PENÉLOPE.-** (Alertada.) ¿Sabes algo que yo no sepa? (Silencio.) ¡Contesta! Ayudaste a mi hijo a partir y me lo ocultaste... y ahora también me ocultas algo.... Me estás traicionando otra vez, y no te lo voy a perdonar. (EURICLEA vacila.) Dime lo que sepas, dímelo. (La coge por los hombros.) Vamos, habla.

**EURICLEA.-** Júrame que no dirás nada... estoy amenazada....

**PENÉLOPE.-** ¿Quién es ese hombre? Tú lo sabes, ¿quién es?

**EURICLEA.-** Es tu esposo. **(Silencio. PENÉLOPE no reacciona.)** Ulises.

**PENÉLOPE.- (Tras una pausa.)** A ti te lo ha dicho y a mí no.

**EURICLEA.-** No, no me lo dijo él. Le conocí yo por la cicatriz de la pierna... **(PENÉLOPE, abatida se aleja unos pasos.)** ¡Está aquí Ulises! Parece que no te importa.

**PENÉLOPE.- (Aplastada.)** Está aquí Ulises....

**(Pausa. Se oyen golpes en la puerta. PENÉLOPE no parece oírlos. EURICLEA abre. Ante la puerta está EUMEO, con un grupo de ESCLAVAS.)**

**EUMEO.- (A EURICLEA.)** Telémaco me encarga te ordene que cierres las puertas de todas las estancias, y que nadie se asome aunque se oigan gemidos o estrépito de lucha.

**EURICLEA.-** Así lo haré.

**(Entran las ESCLAVAS, con gesto de inseguridad y alarma, y EURICLEA cierra de nuevo la puerta.)**

**PENÉLOPE.-** ¿A qué viene aquí ese hombre, después de veinte años? ¡Es tan desconocido! ¿Por qué no se quedó con Calipso? ¿Por qué no murió en el mar? ¿Qué viene a hacer aquí? **(Las ESCLAVAS se han acurrucado en un ángulo del primer término, y miran a PENÉLOPE. EURICLEA, al fondo, abre la puerta con sigilo, mira con precaución al pasillo y lo cruza rápida, acercándose a la ventana. A las ESCLAVAS, con amargura.)** Ulises ha vuelto, ha venido oculto bajo un disfraz. **(Las ESCLAVAS se apiñan. Más fuerte.)** Trae, sin duda, siniestros propósitos. **(A EURICLEA, casi gritando.)** ¿No es cierto, ama?

**(Un relámpago rojo ilumina la ventana del megarón.  
EURICLEA, que miraba por ella, vuelve la cabeza con  
horror.)**

**EURICLEA.- (Habla a PENÉLOPE desde la ventana, con  
voz alterada.)** ¡Ha muerto Antínoo! (PENÉLOPE se yergue,  
rígida.) Bebía en una copa con la cabeza echada hacia atrás, y  
Ulises le ha hundido una flecha en la garganta.

**(Comienza a elevarse un clamoreo de indignación. La voz  
de ULISES, muy potente, lo domina y lo corta.)**

**VOZ DE ULISES.-** ¡Perros! ¡Pretendíais a mi esposa,  
pensando que no habría de volver! ¡Pero ya la muerte os cerca  
por todas partes!

**VOZ DE EURÍMACO.-** Si en verdad eres Ulises, y puesto  
que ya has matado a Antínoo, perdónanos a los demás, te  
resarciremos con veinte bueyes por cabeza, más tanto oro y  
bronce cuanto creas necesario para satisfacerte, que  
reconocemos que tu cólera es justa.

**VOZ DE ULISES.-** Aunque me dierais, Eurímaco, todo  
vuestro patrimonio más muchísimos otros bienes, no cesaría por  
ello de matar. Ninguno escaparéis al desastroso fin que os he  
dispuesto.

**VOZ DE EURÍMACO.- (Más fuerte que antes.)**  
¡Amigos! No esperemos piedad de este hombre. Esto está  
preparado, ved que han quitado las armas que aquí había.  
Aunque estamos desarenados, peleemos con las sillas y con lo  
que a mano tengamos.

**(Nuevo relámpago, acompañado de un gemido.)**

**EURICLEA.-** ¡Ay, desdichado! ¡De qué te han servido tus  
muchas riquezas!

**PENÉLOPE-** (Con un esfuerzo.) ¿Eurímaco?

**EURICLEA-** (Afirmando con la cabeza.) Está en el suelo con una fecha en el pecho, y sus temblorosos pies chocan con las sillas. (Mira de nuevo, y parpadea la luz roja.) ¡El honrado Anfinomo! Telémaco le ha clavado una lanza por la espalda.

**PENÉLOPE-** ¡Qué! ¿También Telémaco mata?

**EURICLEA-** Sí, también. Y el porquerizo Eumeo y el boyero Filetio. Los tres ayudan a Ulises. (Los clamores de la sala son ahora continuos, y expresan más miedo que ira.) Los cuatro están arenados, y matan a los demás como a borregos. (El relámpago rojo es ya casi continuo.) Ya empieza a notarse el olor de la sangre. (PENÉLOPE se tambalea. MELANTO se separa del grupo de ESCLAVAS, y acude a sostenerla. EURICLEA entra precipitadamente en la habitación y cierra la puerta.) ¡Viene Telémaco! Por poco me ve.... (Escucha junto a la puerta.)

**PENÉLOPE-** (Con una de sus manos toca el brazo de MELANTO, que la sostiene por detrás.) ¿Eres tú, Melanto?

**MELANTO-** Sí, ama. Ven, échate un poco. (Intentando conducirla a la cama.)

**PENÉLOPE-** No, no. Quédate así.

(Quedan las dos en pie, en medio, reclinando PENÉLOPE la espalda en el pecho de MELANTO. EURICLEA sigue con la oreja en la puerta.)

**EURICLEA-** Parece que se va. (Abre con suma precaución. Mira el pasillo y lo cruza rápida. Atisba por la ventana.) Ha venido por armaduras para el porquerizo y el boyero. Se las están poniendo. ¡Por Hera! (Entra de nuevo, a toda prisa.) Ahora es el cabrero Melantio quien viene. (Cierra la puerta.) Tu hermano, Melanto. Parece que está de parte de los pretendientes.

**MELANTO-** (Sin comprender.) ¿Mi hermano?

**EURICLEA.- (Imponiendo silencio.)** ¡Ssst! **(Escucha por la puerta.)** Seguro que viene por armas para los príncipes. **(Sigue escuchando.)** ¡Calla! ¡Hay más gente! **(Se oyen, muy próximos, gritos lastimeros.)** ¡Me parece que le han cogido!

**(Los gritos se convierten en una especie de llanto infantil MELANTO se agita y PENÉLOPE la abraza, procurando consolarla.)**

**PENÉLOPE.-** Cálmate, cálmate. No le pasará nada.

**(EURICLEA abre un poco la puerta y asoma la cabeza al pasillo. Espera unos momentos, y en seguida abre del todo y se dirige a la ventana, que ahora está permanentemente iluminada de rojo, con luz fija. Al asomarse, la misma EURICLEA se torna rojiza.)**

**EURICLEA.-** ¡Oh, dioses, qué matanza! Está el megarón sembrado de cadáveres mutilados, y la sangre lo llena todo! **(El clamor se compone ahora de gritos de horror y lamentos de heridos.)** Ulises va no mata con el arco, sino con la espada. Ahora inmola a Demóptolemo... también cae el infeliz Euríades, y el tímido Elato.... ¡Ah, desdichado Pisandro, tan amigo de los juegos...! Ya caes echando sangre por boca y narices....

**MELANTO.- (A las ESCLAVAS.)** Acercad una silla, la reina pesa más y me va a tirar.

**PENÉLOPE.- (Con voz débil.)** ¡Ay, dioses, por qué he vivido hasta este día!

**(Las ESCLAVAS ponen una silla detrás de MELANTO y PENÉLOPE, y ayudan a que esta se siente, agrupándose detrás y a los lados, a la derecha de la escena.)**

**EURICLEA.**- Ya muere Euridamante, y también Anfimedonte, que se alababa de ser amigo de Ulises, ¡de que le ha servido!... Ahora perece Cetesipo, con el palo de una lanza saliendo de su pecho igual que una flecha enorme, sin que nada se vea de la punta, que en cambio está a sus espaldas... agarra el asta coge las manos y cae de rodillas... Agelao Damastórida sucumbe ahora, y también el hermoso Leócrito.... Los que quedan ya no intentan defenderse, huyen y son heridos por la espalda... aquel es... no puedo nombrarlos, mueren demasiado deprisa, en montón, como la yerba bajo la hoz.... Sus perseguidores caen sobre ellos como buitres de retorcidas uñas y los despedazan con las espadas.... **(Las ESCLAVAS, arrodilladas en torno a la silla de PENÉLOPE, lloran sin ruido, excepto MELANTO, que de pie, aparta los cabellos del rostro de la reina y le acaricia la cara y los hombros. PENÉLOPE está desmadejada, pero consciente. Respira con ansiedad y agita la cabeza.)** ¡Ah!... El bondadoso Liode se arrodilla ante Ulises, se abraza a sus piernas y suplica clemencia.... **(PENÉLOPE, interesada, incorpora el torso y mira hacia EURICLEA.)** Están hablando.... ¡Oh, desgraciado!... Ulises le ha cortado la cabeza de un tajo con la espada.... **(PENÉLOPE se deja caer sobre el respaldo de la silla.)** Ya no queda ningún pretendiente de pie **(Se siguen oyendo gemidos.)** ahora están rematando a los heridos... todos yacen amontonados como los peces sacados del mar con la red, y todas las mesas y las sillas están volcadas y rotas... la sangre hace charcos en el suelo, y mancha las paredes y las columnas hasta muy alto.... **(Decrecen los lamentos de los heridos, hasta extinguirse. Solo se oye el llanto de MELANTIO en la habitación vecina. EURICLEA entra corriendo y cierra la puerta.)** Eumeo y Filetio están subiendo. **(Escucha a través de la puerta. PENÉLOPE está reaccionando. Está más serena y tiene el rostro sombrío.)** Pasan ahí al lado. Van por el cabrero **(Arrecian los lloros de MELANTIO.)**, lo están sacando a rastras.

**(PENÉLOPE coge con las suyas las manos de MELANTO; esta gira alrededor del asiento, y se arrodilla ante PENÉLOPE, que sigue teniéndole las manos cogidas.)**

**MELANTO.**- ¡Ama, ama! ¿Qué le van a hacer a mi hermano? **(PENÉLOPE la mira sin contestar.)** Dijiste que no le harían nada... ¡Ama! ¡Pide clemencia para él! ¡Sólo es un pastor de cabras! ¡Pide clemencia!

**(PENÉLOPE abraza contra su pecho la cabeza de MELANTO, mientras EURICLEA abre la puerta y sale a mirar)**

**PENÉLOPE.**- ¡Niña! ¡Niña mía!... ¡Qué clemencia le puedo dar, yo que la necesito!

**(Se oye gritar a MELANTIO.)**

**EURICLEA.**- ¡Le están cortando las orejas! **(Las ESCLAVAS y PENÉLOPE quedan paralizadas.)** ¡Y la nariz! **(MELANTO comienza a separarse lentamente de PENÉLOPE. Los gritos del cabrero se convierten de repente en unos aullidos terribles. Como impulsada por ellos, MELANTO cae en brazos de PENÉLOPE, que la abraza fuertemente. Con voz opaca.)** ¡Le han arrancado las vergüenzas! **(Las ESCLAVAS, tiritando, se arraciman alrededor de PENÉLOPE, pegadas a su asiento.)** ¡Aún no han acabado! ¡Ahora le cortan los brazos! ¡Y las piernas! **(Los aullidos de MELANTIO han pasado a ser un grito prologado y estridente, totalmente inhumano, que rápidamente va perdiendo intensidad.)** Se está desangrando muy deprisa...

**MELANTO.**- **(Dejándose caer en el suelo.)** ¡Qué más!... ¡Qué más se puede hacer con un hombre! **(Pausa. EURICLEA entra despacio, cierra sin prisas y apoya la espalda en la puerta. Queda poca luz.)** Vienen Telémaco y los pastores. **(Nadie reacciona. Llaman a la puerta.)** Ya están aquí.

**(Abre. Entran TELÉMACO, EUMEO y FILETIO.)**

**TELÉMACO.-** (A EURICLEA.) Venimos a llevarnos las esclavas que han deshonrado la casa de mi padre. Las que dormían con los pretendientes. (Mirándolas.) Aquí están. (A EURICLEA.) Tienen que ser ellas las que han de sacar los muertos y limpiar el megarón.

**EUMEO.-** (Orgullosa de sus actuales funciones.) Y morir después.

(Las ESCLAVAS se quedan heladas, sin reaccionar)

**TELÉMACO.-** ¡Vamos, fuera!

(MELANTO se incorpora, y se dirige a la puerta. Las otras se agarran a la silla y a los pies de PENÉLOPE, llorando a gritos. PENÉLOPE, muda, las mira, aterrada.)

**FILETIO.-** No saldrán por su gusto.

**TELÉMACO.-** Pues las sacaremos nosotros. (Dando ejemplo, toma a una del brazo retorciéndoselo hacia atrás, y cogiéndola con la otra mano por los cabellos, la incorpora, y la lanza hacia la puerta. EUMEO y FILETIO le imitan, y rápidamente cogen entre los tres a las despavoridas mujeres, arrastrándolas hacia afuera. MELANTO, que estaba en la puerta, sale la primera. Después salen ellos, arrastrando cada uno dos o tres esclavas. El último en salir con sus víctimas es TELÉMACO. Cuando va a hacerlo, EURICLEA hace además de salir también.) ¿Dónde vas tú, ama?

**EURICLEA.-** Yo soy una más.

**TELÉMACO.-** ¿Te has vuelto loca? Quédate aquí, y no repliques.

**PENÉLOPE.-** (Desde su silla, con voz casi infantil.) Ama, ven conmigo.

(EURICLEA se vuelve hacia PENÉLOPE, mientras TELÉMACO sale arrastrando a las ESCLAVAS llorosas. Pausa. EURICLEA mira a PENÉLOPE con una severidad que casi es odio.)

**EURICLEA.**- (Cerrando la puerta.) Aquí me tienes.

(La habitación queda a oscuras, apenas iluminada por la luna.)

**PENÉLOPE.**- Ven, acércate. Tengo miedo.

**EURICLEA.**- (Con estupor.) ¿Que tienes miedo?

**PENÉLOPE.**- Sí. No me dejes sola.

**EURICLEA.**- ¿Solo eso se te ocurre? ¿Solo eso? ¿Es que no sabes cuántos han muerto hoy por tu culpa? ¡Más de cien jóvenes ilustres! ¡Doce muchachas de veinte años a quienes viste crecer! ¡Hasta el pobre pastor que cuidaba tus cabras!... ¡Y a ti te da miedo quedarte sola! ¡Necesitas compañía! ¿De qué quieres que hablemos?

**PENÉLOPE.**- (Reaccionando, ofendida.) ¡Nadie ha muerto por mi culpa! ¡Es Ulises quien mata, no yo!

**EURICLEA.**- ¿Y quién creó esta situación? ¿Quién quiso establecer un nuevo orden de cosas? (Despectiva.) ¡La madre de todos, que manda en sus cien hijos que a la vez son maridos! (Tono de reconvención.) ¡Si no hubieses pensado todas esas locuras, esto no ocurriría!

**PENÉLOPE.**- ¡Más culpable eres tú que yo! ¡Sí, tú, que alimentaste a Ulises con la leche de tus pechos! ¡Tú, que criaste a ese monstruo! ¿Por qué no le estrellaste la cabeza contra una buena piedra? ¡Eres tú la causante de que viva esa bestia!

**EURICLEA.- (Amarga.)** ¡Consuélate, consuélate con eso! De nada tienes la culpa, todo ha sido voluntad de los dioses. ¡Fui tan imprevisora cuando criaba a Ulises!... Olvídate cuanto antes del rostro de los muertos... aunque hayan perecido por complacer tus deseos u obedecer tus órdenes.... Tú eres la inocente reina, tú debes vivir y seguirás viviendo.... **(Se sienta frente a PENÉLOPE.)**

**PENÉLOPE.-** ¿Que seguiré viviendo? **(Dolida.)** Ama, ¿por qué te burlas de mí? Sabes como yo que, si me han dejado la última, ha sido para no ahorrarme amargura alguna.

**EURICLEA.- (Deniega, sonriendo burlona.)** No, reina, tú no morirás.... Eres la más ilustre de los antiguos cefalénios, y tu cuna te asegura la vida, lo sabes muy bien.

**PENÉLOPE.- (Con calma y dignidad.)** Pero yo ya he parido, Euriclea. Telémaco ha salido de mi vientre, y por sí solo asegura el trono de estas islas... yo no soy necesaria....

**EURICLEA.-** Para Ulises, sí. Es desconfiado, y necesita todas las garantías... no perderá una, a cambio de su venganza personal... no te hagas la víctima, no lo eres.

**PENÉLOPE.- (Irritándose.)** ¡Yo no me hago la víctima! ¿Por quién me tomas? Sé que debo morir, y estoy dispuesta. **(EURICLEA, escéptica, mueve la cabeza con gesto irónico.)** ¿Crees que voy a traicionar a quienes han muerto por mí?

**EURICLEA.- (Irónica.)** ¡Bah! Esos son como las figuras que tejías en el sudario, te complacías en hacerlas lo más bellas posible para deshacerlas después, igual que tu diosa la Tierra, que hace a sus hijos y luego los mata.... Te has rodeado de tu nube de hijos, y los has llevado de la mano al encuentro de la Parca....

**(Golpean la puerta. PENÉLOPE se reclina en su asiento, con indiferencia.)**

**PENÉLOPE.-** Ahí tienes la respuesta. Abre.

(EURICLEA se levanta y abre la puerta. Entra ULISES, armado con casco y coraza y cubierto de sangre. Al entrar él, la casi oscura habitación se ilumina de un tono rojizo. Avanza y se detiene ante PENÉLOPE, que no se mueve. EURICLEA está de pie, en último término. Pausa.)

**ULISES.**- Mujer, estás delante de tu esposo. (PENÉLOPE lo mira con indiferencia, y desvía la mirada. Pausa.) ¿No vas a decir nada?

(Se sienta frente a PENÉLOPE, en la silla que ocupaba EURICLEA, y se quita el casco.)

**PENÉLOPE.**- (Entre indiferente y altiva.) Yo a ti no te conozco. (ULISES pone su casco en el suelo, tranquilo.)

**ULISES.**- (Mostrando una pierna.) Pero esta cicatriz sí la reconoces. (A EURICLEA.) Ama, trae luz.

**PENÉLOPE.**- (A EURICLEA.) Ama, quédate quieta. (A ULISES.) Una cicatriz fácilmente se imita, extranjero. Basta con herirse de la forma en que se la quiera tener. ¿Solo por ella habría de reconocerte? Ulises se llevó de Ítaca algo más que una cicatriz: se llevó doce naves y seiscientos jóvenes, ¿dónde están?

**ULISES.**- (Severo.) Eso a ti no te incumbe, mujer. Tú solo has de preocuparte de tu esposo.

(PENÉLOPE le mira irónica, sin contestar. Entra TELÉMACO.)

**TELÉMACO.**- Padre, ya han muerto las esclavas. Los pastores y yo las hemos sacado al patio y entre la rotonda y la cerca hemos tendido una cuerda, de donde las hemos colgado sujetando sus cuellos con duros lazos. Allí han perecido ahorcadas, agitando las piernas.

(EURICLEA se sienta en una de las sillas del fondo.  
PENÉLOPE apoya su frente en una mano, ocultado su  
rostro.)

**ULISES.-** (A TELÉMACO, con tristeza e ironía.) ¡Allí tienes a tu madre, que se niega a reconocerme! ¡Para esto he regresado con tantos trabajos!...

**TELÉMACO.-** (Hostil, a PENÉLOPE.) ¡Oh, madre cruel! ¡Madre de corazón duro e insensible! ¿Cómo puedes permanecer de ese modo apartada de mi padre? ¿Cómo le recibes con tanta frialdad?

**ULISES.-** (A TELÉMACO.) Sal, hijo, déjanos solos. Déjala que me examine y me interroge.

**TELÉMACO.-** (Saliendo.) Vamos, ama, sal tú también.

(EURICLEA se levanta despacio. TELÉMACO la coge de un brazo y la saca ante sí. Paulatinamente se va desvaneciendo la luz roja, volviendo la semioscuridad.)

**ULISES.-** (Tras larga pausa, durante la que PENÉLOPE sigue con el codo en el brazo de la silla y la frente en la mano.) Los dioses te han dado, oh reina, un corazón más orgulloso y duro que el de cualquier otra mujer. Ninguna se quedaría como tu estás de indiferente ante el marido que vuelve a su hogar tras veinte años de infinitos trabajos y fatigas. (Corta pausa. PENÉLOPE no se mueve.) Mírame, soy Ulises. (PENÉLOPE permanece en la misma actitud.) Interrógame, pregúntame algo que solo sepa yo.... (Pausa. Se levanta y da unos cortos paseos.) No quieres reconocerme, ¿verdad? (Silencio.) Tiresias me anunció un peligroso viaje, y ganas me dan de hacerlo de inmediato. Menos miedo me da eso que convivir con una mujer cuyo pecho encierra un corazón de hierro. (Recoge del suelo su casco, conservándolo en la mano.)

**PENÉLOPE-** (Sin levantar la cabeza.) Lleva contigo a Telémaco. Ya es un hombre, y te puede acompañar.

**ULISES-** (Acercándose.) ¡Sabes que soy Ulises!

**PENÉLOPE-** (Como antes.) Él lo cree, y es bastante.

**ULISES-** (Casi implorante.) Y tú también, estoy seguro. Si no me reconoces hoy, lo harás mañana.

**PENÉLOPE-** (Siempre con el rostro oculto.) Nunca te reconoceré, extranjero. ¡Nunca!

(ULISES se aparta de ella con prevención, como de algo extraño y repugnante. Se dirige despacio a la puerta, la abre y se detiene. Mira a PENÉLOPE, y habla con acento tranquilo, pero con voz temblorosa de cólera.)

**ULISES-** Te molesta mi regreso, y ni siquiera lo disimulas. Eso es muy torpe por tu parte.... (Pausa. PENÉLOPE no se mueve. Alzando la voz, sin ocultar ya la ira.) ¿No me oyes, mala mujer? (Corta pausa.) Está bien. A mí, tus sentimientos no me preocupan. Si te molesta verme, peor para ti. (Con énfasis.) Tanto peor, porque tendrás que aguantarte, y te aguantarás. No te queda otro remedio. (Hace ademán de salir y se detiene.) ¡Y tampoco me importa esa actitud pasiva! ¡No me perjudica en nada, al contrario!... Refúgiate si quieres en ella, sé árbol o sé piedra. Sigue así, me convienes callada, en tu aposento, sin descubrir el rostro. Ese gesto parece el de una esposa honrada.

(Mira un momento a PENÉLOPE, que sigue sin moverse, se encoge de hombros, y se marcha rápido. PENÉLOPE, sola, permanece rigurosamente inmóvil. La oscuridad es casi total, no se ve en absoluto la parte posterior del escenario. Transcurren unos instantes. Acompañada de una luz rojiza, comienza a cruzar lentamente al fondo de la estancia, de derecha a izquierda, una gran barca negra y silenciosa. Está abarrotada por los PRETENDIENTES y las ESCLAVAS, que yacen amontonados y dolientes, apenas cubiertos por exiguos harapos sus cuerpos sangrientos. A

medida que la barca va surgiendo del invisible lateral derecho, se van dejando oír gemidos y lamentos tenues, apagados por la lejanía. De pie sobre la popa, CARONTE rema lenta y vigorosamente. Es un viejo cuya barba y cabello, larguísimos, son enteramente blancos, pero cuyo torso casi desnudo es atlético. PENÉLOPE, estremecida, aparta la mano con que oculta su rostro y mira fascinada la fúnebre singladura. Hace un gesto involuntario inclinándose adelante como si fuese a levantarse para alcanzar la nave, pero lo paraliza apenas iniciado. Aunque casi todos los que ocupan la barca van sumidos en su propio dolor, algunos miran a PENÉLOPE con expresión doliente y sombría. El bajel de los muertos sale despacio por el lateral izquierdo y, al mismo tiempo, va desapareciendo la luz roja. Vuelven la oscuridad y el silencio, ahora más densos. PENÉLOPE, sentada, tiene la cabeza inclinada sobre el pecho y las manos vacías dormidas en el regazo. Poco a poco, la oscuridad se hace total. Corta pausa. Un foco de luz blanca ilumina el espacio ocupado por PENÉLOPE, pero esta y su silla han desaparecido, y en su lugar hay un tembloroso arbusto de hojas plateadas. Cae lentamente el telón.)

FIN